



64

DAD AUTÓ
CIÓN GENER



de San José

del

Patriarca San José

00

NE



X2164

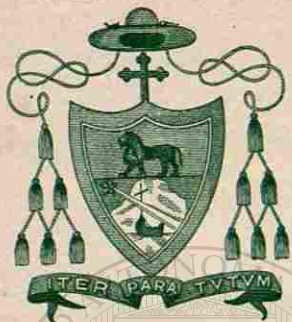
16

10M

ALD

103111

01230



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080023384

MES EN HONOR

DEL

PATRIARCA SAN JOSÉ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

DE BIBLIOTECAS

Al Sr. D. Manuel S. de
D. D. Emeterio Val
verde Gallego, obispo de
León, su af. y dev. hermano

Don Cipriano Valverde



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MES EN HONOR
DEL
Patriarca San José

PATRÓN DE LA IGLESIA

escrito en catalán por el

Illmo. Sr. Dr. D. José Torras y Bages

OBISPO DE VICH

y traducido al castellano por el

R. P. Félix Alejandro Cepeda

MISIONERO DEL CORONA DE MARIA

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
BARCELONA

Imprenta y Litografía de José Cunill, Universidad, 7
1904

48311

BX2164

T. 6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LICENCIAS

De la Congregación

*Gustosos concedemos nuestro
permiso para que pueda impri-
mirse el libro titulado MES DE
SAN JOSÉ.*

*Santo Domingo de la Calzada,
20 de Mayo de 1904.*

Clemente Serrat
Superior General.

012300

De la Autoridad Eclesiástica

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el libro titulado: MES DE S. JOSÉ, escrito en catalán por el ILMO. y RMO. SR. D. JOSÉ TORRAS Y BAGES, OBISPO DE VICH, y traducido al castellano por el RDO. P. FÉLIX ALEJANDRO CEPEDA, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final del libro, y entréguese dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censo, en la curia de nuestro Vicariato.

Barcelona 3 de Diciembre de 1904.

EL VICARIO GENERAL,
Ricardo, Obispo de Eudoxia.

Por mandato de Su Señoría,
Lic. José M.^a de Ros, Pbro.

SRIO. CANG.

El Dr. D. Próspero M.^a Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de Méjico, concede 100 días de indulgencia por cada día del Mes de San José, según está en este librito.



AL LECTOR

El sabio y piadoso canciller de la universidad de París, Juan Gersón, daba este consejo á las almas atribuladas y á las afanosas de su bien espiritual: «Tomad á San José por el primero de vuestros patronos, por el más íntimo de vuestros amigos y el más poderoso de vuestros protectores.» No temáis que vuestras esperanzas queden defraudadas, añadía, porque quien fué elegido por el Altísimo para proveer á la subsistencia de la Sagrada Familia sabrá remediar vuestras necesidades, y quien supo custodiar la inocencia de Jesús y la virginidad de María no tiene igual en el arte de conducir las almas á la perfección y al cielo.

Inefable gozo habría experimentado este ilustre apóstol de la niñez si hubiera

visto el rápido y universal incremento que ha tomado en nuestros tiempos el culto del virginal Esposo de María. Puede decirse que no hay ciudad que no lo tenga por patrón, familia piadosa que no lo elija por abogado, comunidad religiosa que no le confie sus destinos, moribundo que no le invoque en la agonía, ni atribulado que no espere de su mano efficacísimo alivio. Sobre todo desde que Pío IX lo declaró Patrón de la Iglesia universal y León XIII lo asoció á la Santísima Virgen en las preces del Rosario que deben rezarse en el mes de Octubre, el entusiasmo de los fieles por acudir á San José ha llegado á su plenitud. Se le ha consagrado el miércoles de cada semana, el día diez y nueve de cada mes, y el mes entero de Marzo. En todo el globo está extendida la práctica de dedicarle siete domingos consecutivos en honor de sus dolores y gozos y el Romano Pontífice ha abierto con singular esplendidez los tesoros de las indulgencias para fomentar tan bellas y tiernas devociones.

El cielo se ha encargado también de manifestar con señaladísimos favores cuán eficaz remedio es para todas las necesidades de la vida ir á llamar á las puertas del bondadosísimo corazón de S. José, templado en los ardores del mismo Corazón desfco. No parece sino que con tales prodigios la Providencia nos repite á todos los peregrinos del tiempo: *Id á José*, y él os enseñará lo que debéis hacer.

A fin de popularizar más las prácticas devotas en honor del Santo Patriarca, varios escritores piadosos han dado á luz devocionarios cuyas páginas respiran el perfume de la verdadera piedad, pero la mayor parte de ellos se han concretado á escribir meditaciones y preces para hacer con fruto la devoción de los *Siete domingos*. Para celebrar el *mes de Marzo*, tan encarecidamente recomendado por su Santidad León XIII en la Encíclica *Quamquam pluries* de 15 de Agosto de 1889, no hay tanta abundancia de libros sólidos en nuestra lengua castellana. Felizmente en el rico y enérgico idioma cata-

lán escribió este precioso librito el sabio Obispo de Vich, Dr. D. José Torras y Bages, insigne lumbrera del Episcopado español. Los que conozcan al digno Prelado no necesitan otra recomendación para cobrar estima del libro, pues comprenderán desde luego que está escrito con verdadera unción y que sus meditaciones encierran todo un tesoro de la más sólida doctrina. Deseando pagar una antigua deuda de gratitud al glorioso Patriarca por innumerables beneficios recibidos de su mano, sobre todo el de haber logrado realizar la vocación religiosa, acepté con gusto el encargo que algunos amigos me hicieron de traducir al castellano este precioso librito, previo el benévolo permiso de su ilustre autor. La presente traducción habrá de ir forzosamente deslucida por muchos lunares, pues el lenguaje catalán es conciso, enérgico, abundante en monosílabos, y de índole peculiar, que no pueden manejar con expedición sino los que se han dedicado con ahinco á su estudio y ejercicio. Con-

fo, sin embargo, en la indulgencia de mis devotos lectores, quienes sabrán disculpar mis faltas con la rectitud de mis intenciones, que no son otras sino fomentar la devoción y amor al castísimo esposo de María.

Este librito sirve no solo para obsequiar al glorioso Patriarca durante el mes de Marzo, sino también para hacer novenas, triduos, los *Siete domingos*, etc.

Al final pondré el método que se puede seguir en este último caso.

Que todo ceda á la mayor gloria de Jesús, María y José.

EL TRADUCTOR.

Méjico, 19 de Marzo, fiesta del glorioso Patriarca, de 1904.

INDULGENCIAS.

La Sagrada Congregación de Indulgencias, por decreto de 4 de Febrero de 1877, tiene concedidos á los que hicieron los ejercicios del *mes de Marzo* en honor de San José, 300 días de indulgencia por cada día, y una plenaria al mes con las condiciones ordinarias.

DÍA PRIMERO

Por la señal de la santa cruz, etc.

Jesús, José y María,

Os doy el corazón y el alma mía.

Acto de contrición y oración preparatoria para la meditación.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, en quien creo, en quien espero y á quien amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido; propongo nunca más pecar, ayudado de vuestra gracia que espero me concederéis por la intercesión de vuestro Padre adoptivo San José, cuyas virtudes voy

ahora á meditar y cuyas excelencias voy á alabar, confiando que me asistireis iluminando mi entendimiento con luz celestial é inflamando mi corazón con vuestra soberana caridad. Y vos, Virgen Santísima, interceded por mí para que sepa dignamente conocer, honrar é imitar las virtudes de vuestro castísimo Esposo.
Amén.

MEDITACIÓN.

Predestinación de San José.

Cuando Dios envía una persona á la tierra, le señala un fin que la pone en relaciones con la humanidad entera y hasta con la misma Divinidad. El hombre sobre la tierra no es como un grano de arena desligado de los demás seres y de su Criador. Reconoce, oh hombre, tu dignidad, pues la vida que tienes se dirige á un fin sobrenatural, el arquitecto que ha construido el edificio de tu ser le ha dado un destino glorioso. Jesucristo Nuestro Señor es el primer predestinado, y por esto no sólo es el ejemplar de todos los hombres, sino que además nuestras existencias están vinculadas á la suya á la

manera que los sarmientos están adheridos á la cepa y viven de su savia. Al lado de nuestro Señor Jesucristo vemos la venerable figura de San José, y hoy, alma cristiana, te invitamos á contemplar su predestinación gloriosa, íntimamente ligada á la del divino Niño á quien guardaba bajo la sombra de su autoridad y providencia.

Contempla en primer lugar la gloria de San José, la alteza de la santidad con que Dios quiso enoblecerlo, ya que lo destinaba á ser Padre adoptivo de Jesús y Esposo virginal de la Inmaculada María. Dios le confió lo que más estima. El Padre Eterno nada puede estimar tanto como á Jesús, porque es su Hijo coeterno y consubstancial y estimándolo á El se estima á Sí mismo. Dios ha dado á su Hijo toda su gloria, omnipotencia y el propio ser. Hijo y Padre son una misma cosa en cuanto á la naturaleza divina, y por esto cuando Dios colocó bajo la protección de San José á su unigénito Hijo Jesucristo, podemos decir que se colocó también El mismo. ¡Oh sublimidad de la gloria de San José! Todo un Dios lo constituye su providencia sobre la tierra. Y tú, devoto del santo Patriarca ¡no fiarás

en su providencia, cuando el Altísimo lo escoge para que dirija sus pasos en el mundo? ¡Oh grandeza de la gloria de San José sublimado sobre un Dios-Hombre en el orden de la sociedad humana y terrenal!

La predestinación divina confió también á San José, para que como fiel custodio le guardase, la perla bellísima de la Inmaculada Virgen, la más excelente y la primogénita de todas las criaturas, la que con el aroma de su santidad había de desinfectar el mundo del hálito pestífero del pecado.

Contempla, pues, á este divino Tesorero, San José, guardando por encargo de la Sabiduría eterna á Jesús y á María bajo la sombra benéfica de su protección, y de aquí podrás colegir fácilmente cuál es el crédito de que goza este santo delante de Dios, ya que le confió tan sagrado depósito. Y tú, cristiano, encendido en amor y confianza para con el dichosísimo Patriarca, pídele humildemente que se digne también recibirte bajo su patrocinio y custodia y tenerte en compañía de Jesús y de María; protéstale que quieres ser de su familia y ofreciéndote por su siervo y criado, pues le prometes dedicar

todos los días de tu vida al servicio y honra de Jesús, María y José.

Medita estas verdades y pide al Señor, por intención de San José las gracias que necesitas.

PETICION.—San José, elegido entre todos los hombres para Padre nutricio de Jesús, yo os escojo entre todos los santos por mi especial protector.

OBSEQUIO.—Haz en el día de hoy tres actos de fe en el misterio de la Santísima Trinidad.

Preces para obtener la protección de San José.

Acordaos ¡oh piadosísimo Patriarca San José! que en todas partes se oye pregonar vuestro valimiento delante de Dios, y los favores que cada día reciben los hombres de vuestra mano generosa. Animado con esta confianza á Vos también acudo, ¡oh castísimo Esposo de María! ¡oh dulcísimo Padre nutricio de Jesús! y humillado en vuestro acatamiento, fervorosamente os pidó me toméis bajo vuestro patrocinio y seáis mi abogado ante el trono de vuestro Hijo adoptivo Jesucristo, asistiéndome en vida y en muerte; y para

más obligaros imploro vuestra clemencia, saludándoos con las siguientes deprecaciones y *Padre nuestros*, en memoria de vuestros siete dolores y gozos.

I

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis viendo, sin comprenderlo, el misterioso estado de vuestra Esposa, y por el gozo que sentisteis al anunciaros el Angel que había concebido por obra del Espíritu Santo; os suplico me alcancéis la gracia de no juzgar mal del prójimo. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

II

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al contemplar la pobreza en que nació Jesús, y por el gozo que sentisteis al verle adorado por los ángeles, pastores y Magos; os suplico me alcancéis la gracia de saber servir al Rey de la gloria en humildad y pobreza de espíritu. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

III

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al ver la san-

gre derramada por vuestro tierno Hijo en la ceremonia de la Circuncisión, y por el gozo que tuvisteis al imponerle por ordenación divina el nombre de Jesús ó Salvador; os suplico me alcancéis la virtud de la mortificación de la carne, que es la alegría del espíritu. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

IV

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al oír en el templo como Simeón profetizaba la Pasión de Jesús, y por el gozo que sentisteis al saber que con ella salvaría á los hombres; os suplico me alcancéis la gracia de conocer y estimar el mérito de la cruz. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

V

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis al dejar vuestra patria huyendo por el desierto á Egipto, y por el gozo que sentisteis al ver caer á la presencia de Jesús las estatuas de los falsos dioses; os suplico me alcancéis la gracia de dejar cuanto hay en el mundo antes que ofender á Dios. *Padre nuestro Ave maria y Gloria.*

VI

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis cuando, al regresar á la tierra de Israel, temisteis que Jesús fuese injuriado, y por el gozo que sentisteis al anunciaros el ángel que estaríais seguros en Nazaret; os suplico me alcancéis la gracia de confiar tranquilamente en la Providencia divina. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

VII

Glorioso Patriarca San José, por el dolor que experimentasteis cuando perdisteis á Jesús, y por el gozo que sentisteis al encontrarlo en el templo entre los doctores admirado de todos los asistentes; os pido la gracia de que sepa encontrar á Dios frecuentando los sacramentos. *Padre nuestro, Ave maria y Gloria.*

ORACIÓN.

Santísimo Patriarca San José, dignísimo Esposo de la Virgen María y Padre nutricio de nuestro Redentor Jesús, que por vuestras heroicas virtudes, dolores y gozos merecisteis tan singulares prerro-

gativas y privilegios para interceder por vuestros devotos; os suplico, oh glorioso Santo, alcancéis para cada uno de nosotros las virtudes propias de nuestro estado y que seamos devotos de vuestra amada Esposa, María Santísima, á fin de que por su intercesión y la vuestra podamos vencer á nuestros enemigos en virtud de los méritos de Jesús y conseguir las gracias y favores que os pedimos, logrando así la salvación de nuestras almas, una muerte feliz y después los gozos eternos de la gloria. Amén.

DÍA II

Se empieza como el día primero, pág. 6.

MEDITACIÓN.

Utilidad de la devoción á San José.

De alta importancia se considera en el mundo para las necesidades de la vida temporal, no solamente el poseer riquezas y disfrutar de salud, sino también contar con la amistad de personas calificadas que en caso necesario nos puedan favorecer. Pero, aunque vivimos en el mun-

do, estamos sujetos además á fuerzas superiores á las de los hombres; no sólo nuestra vida espiritual, sino también la temporal, depende de un Poder superior al mundo y por tanto conviene que en la corte donde reside el Monarca que gobierna las cosas humanas tengamos quien se interese por el remedio de nuestras necesidades y defienda nuestra causa.

Verdad es que Dios escucha á todos los santos; y uno de los dogmas más consoladores de la fe cristiana es el que nos enseña que los habitantes del cielo y los de la tierra forman una sola sociedad, en constante y mutua comunicación los unos con los otros, y que los de arriba corresponden á los obsequios que reciben de los de abajo, intercediendo amorosamente en su favor. Pero entre todos esos bienaventurados intercesores que, como los retoños á su olivo, rodean al supremo mediador Jesús, sobresale el glorioso Patriarca San José, á quien acuden todos los cristianos confiados en su valimiento ante el trono del Eterno. Es maravillosa la universal devoción á San José, extendida por todas las naciones del globo y entre todas las clases sociales, lo mismo entre los eclesiásticos y religiosos

que entré los seculares, así entre los pobres como entré los ricos, tanto en las grandes ciudades como en humildes aldeas. Un espíritu que ha descendido de arriba como viento impetuoso, ha conmovido á la multitud de los fieles; y el dedo del Espíritu Santo que, hablando del José del Antiguo testamento, figura de nuestro Patriarca, escribió en la Sagrada Escritura aquella frase: *«id á José, porque es el procurador de la casa del rey»*, ese mismo dedo omnipotente del Eterno es el que empuja con tantafuerza como suavidad á todos los cristianos hacia San José, procurador universal del pueblo cristiano en todas sus necesidades.

El pueblo cristiano es el cuerpo místico de Jesucristo, el cuerpo de Jesucristo está animado por el Espíritu divino; y así siempre que veas á la cristiandad entera, Pastores y ovejas, eclesiásticos y seculares, movidos por un mismo Espíritu, ten por cierto que ese movimiento viene de Dios, que es Espíritu de unión y no de discordia, é infunde sentimientos que dulcemente unen á los hombres unos con otros, como vemos que sucede hoy con el culto al glorioso Patriarca San José.

Mira, pues, cuánta confianza debe inspirarte esta devoción. Los libros te explicarán que ella vino del Oriente, que ya los antiguos doctores la recomendaban, que Santa Teresa la propagó notablemente; pero tú has de ver en todo eso la mano de Dios que se vale de los hombres como de instrumentos, siendo Él quien gobierna á los corazones humanos y mueve sus lenguas en todo lo que se refiere á la gloria divina y al bien de los hombres redimidos por Jesucristo.

Sigue, pues, oh cristiano, esta dirección espiritual. Recurre á San José y te verás remediado de alma y cuerpo, como cada día lo vemos por nuestros propios ojos en multitud de casos.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca San José, en todas mis necesidades sed mi procurador delante de vuestro Hijo Jesús.

OBSEQUIO. Repite á menudo durante el día esta jaculatoria: *San José, rogad por mí.*

Lo demás como en la página 10.

DIA III

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

*La vida de San José es el tipo
de la vida humana.*

La vida humana podemos considerar que es doble, una temporal y otra eterna, siendo esta última la que constituye el destino del hombre. En lo cual hemos de bendecir la Bondad divina, que á la vida que jamás ha de acabar, á la vida perdurable, la ha hecho feliz y bienaventurada, de un reposo inefable y jamás perturbado; y la vida penosa, mortificada y llena de amarguras la ha hecho temporal, pasajera y momentánea. Pero aun la vida presente, no obstante de ser tiempo de prueba, nuestro buen Dios la ha suavizado, pues teniendo en cuenta la flaqueza humana, á menudo da al hombre viador consuelos y goces que le hacen más llevaderas las penas de la vida.

Un ejemplo de este modo de proceder de la Providencia divina respecto de la vida del hombre sobre la tierra puedes

admirarlo en el glorioso Patriarca San José, cuya vida, como contemplan frecuentemente sus devotos, vino á ser como un tejido de dolores y gozos. Así también, oh cristiano, has de considerar que será tu vida: ni toda calamidades y sufrimientos, ni toda goces y placeres. La Providencia en el gobierno de las almas atiende al interés supremo de su salvación eterna, y así como el platero pule los diamantes para que den más brillo, así también el Criador procura sobre todo que nuestro corazón resplandezca en virtudes. Tanto el frío como el calor son convenientes á las plantas. El continuo regalo corrompe al hombre; el sufrimiento sin interrupción lo rendiría y destruiría, y por esto la sapientísima Providencia de Dios, en el gobierno de nuestra vida, va alternando los dolores y gozos para mayor bien de nuestras almas.

Piensa que en este mundo ni el bien ni el mal son eternos, y por lo mismo podemos afirmar que aquí, fuera de la virtud y del pecado, no hay bien ni mal; sino que el hombre es el que hace buenas ó malas las cosas, según es el modo con que las toma. De aquí que para unos es motivo de santificación lo que para otros

lo es de condenación: la riqueza y la pobreza, por ejemplo, llevan á unos á la santidad y á otros á la perdición. Feliz el rico, si es moderado y caritativo; feliz el pobre, si se resigna á la voluntad de Dios; pero ¡ay del rico! si se deja dominar por el orgullo; y ¡ay del pobre! si se llena de envidia y desesperación!

Mira como San José sabe guardar perfecto equilibrio, sin inclinarse á una ni á otra parte en las diversas contingencias de la vida. En esto principalmente nos lo propone la Iglesia por modelo. Las tribulaciones que ejercitan su paciencia le sirven para practicar la virtud de conformidad con la voluntad divina; los gozos que alegran su espíritu y ensanchan el corazón, le dan ocasión de practicar la virtud del agradecimiento para con el Padre Celestial; y de este modo siempre va ganando nuevos méritos para su eterna glorificación.

Imita, oh cristiano, á tu celestial Protector; aprovéchate tanto de la adversa como de la próspera fortuna; piensa que quien te gobierna es sapientísimo y bondadosísimo, que no te pondrá más carga que la que pudieres soportar; y si alguna vez te sientes agobiado por el peso de la

tribulación, acude á San José, que sostendrá tu valor y consolará tu espíritu.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. San José, alcanzadme la gracia de la moderación tanto en las prosperidades como en los contratiempos de la vida.

OBSEQUIO. Reza siete *Gloria Patris* en acción de gracias á la Santísima Trinidad por la admirable virtud que resplandece en San José.

Lo demás como en la página 10.

DÍA IV

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José, modelo del obrero.

Toda la santidad consiste en hacer la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es la ley del hombre, y éste es tanto más perfecto cuanto más se conforma con aquella amorosa voluntad divina. Los grados de la santidad no se cuentan por

las oraciones que se rezan, ni por las penitencias que se practican, ni por las limosnas que se reparten; se cuentan por la perfección con que se cumple la voluntad de Dios y se ejecutan los designos de su Providencia. El hombre no es providencia de sí mismo; aun el incrédulo y el impío han de admitir que las cosas no siguen el curso que les señala el hombre, sino que hay un ser invisible que las gobierna y encamina á un fin desconocido. Pues bien, aquel que mejor corresponde á estas disposiciones de la Providencia es el más santo. Reconoce, oh trabajador, tu dignidad, y considera como en el orden eterno de las cosas, en el reino de la Verdad, sin salir de tu estado, puedes aventajarte al Doctor que ha iluminado á la Iglesia con los fulgores de su doctrina, al Pontífice que ha regido sabiamente las almas, al rico que ha fundado hospitales y escuelas y ha repartido millones entre los pobres. Cumple la voluntad de Dios y serás santo.

Para contar los grados de esta santidad, cuenta los grados de tu conformidad con la voluntad divina. Quien se rebela contra ella no puede salvarse; el primer grado, pues, de la santidad consiste en

acatar y resignarse á la voluntad de Dios; el segundo, en cumplirla fielmente hasta en las cosas de menor monta; el tercero; en cumplirla con amor y gozo. Desgraciadamente, habiéndose debilitado la fe, pocos son hoy día los que cumplen la voluntad de Dios, los que se resignan con amor y gozo á las disposiciones de la Providencia. Sin embargo, no faltan aún hombres que llevan la carga de la vida con dignidad y siguen los ásperos senderos de este mundo con suavidad espiritual, porque los ilumina la fe, los alienta la esperanza y los inflama la caridad, porque son ciudadanos del reino de la Verdad y no juzgan de la felicidad por el deleite de los sentidos sino por la dignidad del hombre y por la paz de su conciencia. Pero si quieres, oh cristiano, encontrar un ejemplo digno de imitación, si quieres ver al hombre agobiado por el trabajo y al mismo tiempo de espíritu libre, dulce y tranquilo, penetra con la consideración en el taller del Carpintero de Nazaret, que es la admiración de los ángeles, la gloria de Dios y el honor de los hijos de Adán. Allí no observarás la perturbación, la inquietud, ni las pesadumbres del que trabaja por fuerza,

porque el santo Carpintero acepta el lugar humilde en que lo ha colocado la Providencia y trabaja, no por fuerza, como el esclavo, sino con gusto y amor, como quien sabe que con el trabajo el hombre se perfecciona, se reprimen las malas inclinaciones, se adquieren méritos y el hombre se hace digno de la eterna bienaventuranza.

El descanso es la mayor delicia del hombre; pero no puede descansar quien no se fatiga. La tristeza suele ser el patrimonio del que aborrece el trabajo; no quieras nunca, oh cristiano, dejarte dominar de tal miseria. Levanta los ojos y contempla al santo carpintero José y pídele que interceda por tí delante de Jesucristo, para que sepas hacer del trabajo un medio de felicidad, de paz y salvación eterna.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de S. José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca, hacedme siempre, á ejemplo vuestro, amigo del cumplimiento de mis deberes.

OBSEQUIO. Ejercita hoy con gran cuidado la virtud de la diligencia.

Lo demás como en la pág. 10.

DIA V

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José ennobleciendo al obrero.

Los pensamientos de Dios distan tanto de los pensamientos de los hombres, como el cielo de la tierra. Los hombres consideran la dignidad por las prerrogativas y cualidades externas de las personas, miran lo de fuera y no lo de dentro; juzgan que un hombre rico y bien vestido vale más que los otros, y sin embargo no es así delante de Dios, que mide la importancia y el valer del hombre por las cualidades y virtudes de su espíritu. Esto te explicará cómo es que haya colocado en la cumbre del Cristianismo, en el lugar más importante y preeminente entre los hombres, al humilde carpintero de una ciudad ignorada, á José de Nazaret.

Dios ha honrado, pues, al trabajador en la persona de San José de un modo admirable que los moradores de la tierra son incapaces de saber imitar. Dios hace las cosas de veras. Los hombres honran

con palabras, Dios con obras. Oirás á los sabios modernos hablar de la dignidad del obrero, de sus derechos, de la protección que se le debe dispensar; pero el mismo que así habla, si es trabajador, procura dejar el oficio y abrazar otro género de vida de mayor lucimiento, y si no lo es, fuera de cuando lo necesita para sus fines políticos, mira con indiferencia al obrero y quizás hasta llega á avergonzarse de alternar con él. Por el contrario, contempla á Jesucristo como, queriendo honrar al trabajador, escoge por Padre delante del mundo y de la ley á un modesto carpintero; y como, predicando el amor á la pobreza, El mismo se hace pobre. Y no creas, cristiano, que este modo de obrar que te enseña el Salvador haya caído ya en desuso y que sus discípulos lo hayan relegado al olvido, pues la santa Iglesia católica estima como á sus hijos más dignos á aquellos que, siendo ricos, por amor de Jesucristo se hacen pobres y trabajadores, y se consagran al servicio de su prójimo, de lo cual todos los días puedes ver ejemplos en los hospitales, hospicios, escuelas y hasta en las cárceles. ¡Oh, cómo brilla la sabiduría de Dios en la persona de San José! Así como

el sol hace visibles muchas cosas que sin esa luz resplandeciente no se verían, así también la claridad de la luz de Jesucristo nos hace comprender en la persona del carpintero José que en el hombre hay una dignidad muy superior á las riquezas y honores que el mundo adora y que se han de disipar luego como la niebla.

De esta consideración, cristiano, has de sacar una de estas dos enseñanzas: si eres obrero ó trabajador, alégrate viendo á tu lado á San José cargado con los instrumentos del oficio, sudando con el trabajo, y al mismo tiempo sublimado á una gloria inmensa, y reflexiona que, si tú sobrellevas dignamente tu suerte, participarás de la gloria y dignidad del carpintero de Nazaret; y si eres rico y no necesitas del trabajo, humíllate ante aquel Santo Obrero que brilla con una gloria que no posees ni poseerás jamás; y recuerda que en el orden eterno de las cosas los que aquí son los primeros allí serán los últimos, y los que aquí son últimos allí serán primeros, y ama y honra al obrero á quien tal vez en el reino del cielo verás encumbrado sobre tí, más próximo á Jesucristo y soberanamente dignificado.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh santo Carpintero José, enseñadme á medir el mérito de los hombres por las virtudes que poseen.

OBSEQUIO. Por amor á San José guarda toda clase de atenciones á tus inferiores.

Lo demás como en la pág. 10.

DIA VI

Se empieza como en la pág. 6.

MEDITACIÓN.

Desposorio de San José con la Virgen María.

Contempla hoy, devoto de San José, los admirables desposorios del santo Patriarca, con cuyo recuerdo se alegran los ángeles del cielo y toda la Iglesia de la tierra; porque así como la aurora nos alegra porque es el feliz anuncio de que se aproxima la salida del sol, así los desposorios de María y José son como el prelude del Nacimiento de aquel Sol di-

vino, Cristo Jesús, amor de nuestras almas, que había de iluminar al mundo y calentar á toda la humanidad yerta por el frío de la ignorancia.

Considera cuán grato sería al Criador el matrimonio de estas dos puras y nobilísimas criaturas. No es un instinto ciego y carnal el que mueve á estos virginales esposos á celebrar su matrimonio; es un instinto sobrenatural, la moción del Espíritu Santo que suele guiar á las almas candorosas que en sus proyectos y obras no tienen otra mira que la gloria de Dios y su propia santificación. Tampoco tú, oh cristiano, has de tener en tus obras otro móvil que sentimientos y aspiraciones puras y nobles, el deseo de agradar á Dios, y no dudes que así ennoblecerás tu vida y acumularás méritos para la eterna salvación.

Los hijos se regocijan cuando recuerdan el matrimonio, de sus padres, y á las veces celebran alborozados el aniversario de aquel memorable día. Así la Iglesia, con gran consuelo de las almas devotas, celebra cada año la fiesta de los Desposorios de San José y de la Virgen María con cánticos y oraciones impregnadas de ternura y del gozo íntimo que la domina en

la celebración de tal festividad. Porque ¿no podemos por ventura considerar los Desposorios de San José con la Virgen María como el matrimonio de nuestros padres en el orden sobrenatural y eterno? ¿No son José y María como el Adán y la Eva de la nueva descendencia de nuestro Señor Jesucristo? Podemos y debemos considerar á todos los cristianos, en el orden espiritual y de la gracia, como descendientes de José y María, de aquel matrimonio santísimo, á cuya sombra mediante el divino influjo del Espíritu Santo brotó el que es tronco del linaje humano redimido y santificado, nuestro Señor Jesucristo. Oh, cristiano, tú descienes y llevas el nombre de ese amable Redentor; eres cristiano porque eres hijo de Cristo, así como en el orden humano y temporal llevas el apellido de quien te engendró y dió la vida. El Espíritu Santo fué quien dispuso é inspiró este augustísimo matrimonio, y de aquí puedes deducir la conveniencia, la semejanza, la armonía entre los dos esposos. Eran el uno para el otro, el uno digno del otro; María digna de José, y José digno de María. ¡Oh qué idea tan sublime nos da del santo Patriarca su maravilloso desposorio! El Eterno le juzgó

digno de María, la más excelsa de las criaturas, la bendita entre todas las mujeres, puerta del cielo y trono de la misma Divinidad! Ya puedes, devoto del santo Patriarca, sin temor de excederte, proclamarlo el más afortunado entre los nacidos de mujer, el más ennoblecido de la descendencia de Adán, y hacerlo en tu corazón objeto de culto especialísimo, de tu veneración más obsequiosa, con la segura confianza de que la protección que de él recibas te demostrará que no vas equivocado en serle muy devoto.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh santísimos Esposos, José y María, sed mis padres en el orden de la gracia.

OBSEQUIO. Reza una *Salve* á la Santísima Virgen y un *Padre nuestro* á San José, felicitándolos por su desposorio. ®

Lo demás como en la página 10.

DÍA VII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Temores de San José.

Dios se complace en crear dificultades á sus santos predilectos para deleitarse viendo como las superan, y para que resalte su prudencia y fortaleza y la santidad de su vida, así como un peso nos hace ver más claramente la fuerza y vigor de quien lo lleva. En la historia de la Sagrada Familia hay un episodio interesantísimo donde se nos descubre la prudencia del glorioso Patriarca San José.

Ya se había realizado la Encarnación del Hijo de Dios; el seno virginal de María era el sagrario donde reposaba el Verbo divino, porque el Espíritu Santo había inflamado el Corazón de María en el divino amor, y en él moraba la Sabiduría eterna, encarnada en la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Mas la Providencia divina no quiso revelar este inefable misterio al glorioso Patriarca San José hasta que hubiese pasado por la tribula-

ción, sobrellevándola dignamente. Así tampoco tú, oh cristiano, harás verdaderos progresos en la vida espiritual sino después de las tribulaciones, ni podrás contar con el mérito sino después del combate.

El virginal Patriarca no podía comprender lo que pasaba en su santa compañera; no dudaba de su santidad, que le era evidente; no podía aborrecerla porque es amable sobre todas las criaturas; pero un hijo sin padre en la tierra es un misterio tan superior á todo humano entendimiento, que el glorioso Patriarca no podía comprenderlo sino mediante una revelación divina. Mas, ¡qué angustias hubo de devorar nuestro santísimo Protector mientras se encontró en este conflicto! La ley antigua, rigurosísima en esta materia, mandaba apedrear á las mujeres que quebrantasen la santa fidelidad del matrimonio é imponía á sus maridos la obligación de denunciarlas. San José, digno, prudente y temeroso de Dios, oculta su profundísima pena, respeta á su esposa cuya santidad reconoce, y ni tan sólo quiere mortificarla de palabra; por lo cual resuelve dejarla y abandonar el propio hogar. Pero Dios, así como quiso probar á Abraham

y mandó un ángel que le detuviese el brazo cuando iba á sacrificar á su hijo Isaac, así también, probada la virtud altísima de José, le envía un ángel que le descubra el gran misterio que deja arrobados en éxtasis de admiración á los ángeles y á los hombres, quienes, al pronunciarlo con su lengua se arrodillan: «*Verbum caro factum est*». Sábete, le dice, que todo un Dios se ha encarnado en las purísimas entrañas de María. Pondera, cristiano, la veneración y alegría con que San José recibiría esta revelación; y si nosotros nos arrodillamos al pronunciar «*El Verbo se hizo carne*» ¿con qué devoción se arrodillaría él delante de aquel sagrario viviente tan querido de su alma, la Inmaculada Virgen María, en cuyas entrañas vivía un Dios hecho hombre por nuestro amor?

Siguiendo el ejemplo de San José, evita siempre, oh cristiano, la ligereza en juzgar al prójimo y conserva la serenidad de ánimo en los conflictos de la vida. Una gran devota del glorioso Patriarca, Santa Teresa de Jesús, ha hecho célebre aquella máxima: *la paciencia todo lo alcanza*. Efectivamente, con la paciencia, con la discreción, reprimiendo las vehemencias de

nuestro espíritu, las dificultades se allanan, desvanécense los obstáculos y el mismo Dios, que permite que los hombres nos hallemos en trances difíciles para que se aquilate nuestra virtud, envía el ángel de su auxilio que nos fortalezca ó su luz soberana que nos ilumine, y lo que antes nos daba pena se convierte en motivo de gloria y felicidad. Siempre que te encuentres desorientado, acude á San José; él te pondrá en camino y te guiará hasta las puertas de la patria celestial.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca, enseñadme á ser prudente en las dificultades y conflictos de la vida.

OBSEQUIO. Procura no mortificar á nadie con tus palabras.

Lo demás como en la página 10.

DÍA VIII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Del viaje á Belén.

Uno de los deberes que la santa religión de Jesucristo impone á los que la siguen es la sumisión y obediencia á la autoridad pública; por esto puedes contemplar en San José esta virtud, como todas las otras de la vida humana.

César Augusto, emperador de Roma, publicó un edicto ordenando que todos los súbditos se empadronasen en el pueblo de su origen, por lo cual José debía hacerse inscribir en los registros de Belén donde eran sus mayores. Contempla la humildad del Patriarca: era de la familia real de David, es decir, de los reyes propios y naturales del país, y no obstante obedece la orden del emperador extranjero que reinaba en Judea, y se dispone, venciendo todas las dificultades, á ir á la pequeña ciudad donde debía nacer el Redentor del mundo, conforme estaba anunciado por los antiguos Profetas.

Salen de Nazaret José y María y, según refiere antigua tradición, cabalgando en humilde jumentilla la celestial Virgen que llevaba en sus entrañas al Hijo divino del Eterno Padre. Los grandes contemplativos han hallado delicias y luces celestiales en la consideración de estas jornadas de camino que hicieron los santos Esposos desde Nazaret á Belén. ¿Quién podía imaginar que en aquel pobre bagaje y en tan humilde compañía se hallaba el Verbo eterno que venía á iluminar y redimir al mundo? Empezaba ya el tiempo de las nuevas grandezas, tan diferentes de las mudanas; el nuevo orden de cosas, aquella excelencia que consiste en lo interior é invisible, en el espíritu, incomprendible para los hombres materiales y groseros, pero que hace las delicias del mismo Dios. Los dos caminantes José y María son mirados con indiferencia por los otros viajeros de humilde condición, quizás con desdén por los ricos de la tierra que, deslumbrados por el brillo del oro, no entienden de otra grandeza que de la del dinero; y sin embargo ellos iban acompañados por ejército invisible de ángeles, pues llevaban consigo á Aquel de quien estaba escrito que los ángeles

del Señor guiarían sus pasos y lo sosten-
drían con las palmas de las manos para
que su pie no tropezase en las piedras
del camino. Acompañales tú, alma mía,
en sus devotos pasos; los cristianos acom-
pañan á Jesucristo sacramentado cuando
se lleva á los enfermos por Viático; pien-
sa tú que en aquellas jornadas de Nazaret
á Belén, María y José llevan el Viático á
toda la humanidad enferma, que traen á
Jesucristo al mundo á donde El ha venido
para ayudar á los hombres en el camino
de la vida, librarlos del pecado y confor-
tar su espíritu dándoles por alimento la
verdad.

Considera además los malos ratos de
San José para hallar alojamiento donde
pasar las noches su celestial Esposa y para
proporcionarse el frugal alimento que ha-
bían menester, los temores que les asaltá-
ban en aquellos caminos largos y faltos
de vigilancia; pero, como la divina Pro-
videncia siempre da al hombre que es fiel
una compensación en las dificultades y
tribulaciones de la vida, la dulce conver-
sación de los dos Esposos, las oraciones
que aquellas dos santísimas almas diri-
gían al cielo les producían un gozo inter-
no y suavísimo que superaba las penas y

congojas de aquel penoso viaje. Tú tam-
bién, oh cristiano, debes hacer el viaje á
la Belén celestial por los penosos caminos
de la vida, pero júntate á José y á María
y su dulce amistad suavizará tus amargu-
ras y la paz que empezará á disfrutar ya
aquí será un gusto anticipado de la que
Dios te tiene preparada en la vida eterna.

*Medita estas verdades y pide á Dios,
por intercesión de San José, las gracias
que necesitas.*

PETICIÓN. Oh José y María, sed siem-
pre mis compañeros en los caminos de
la vida.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* por
los navegantes y caminantes.

Lo demás como en la página 10.

DÍA IX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José en Belén.

Contempla, alma cristiana, á José y
María que llegan á Belén en ocasión que
la ciudad está llena de forasteros que ha-
bían acudido á empadronarse. Los dos

Esposos pasan como desconocidos, nadie hace caso de ellos, porque el mundo aprecia más el oropel de las apariencias que el verdadero mérito de las personas; por esto el Apóstol San Pablo nos exhorta á que vivamos en la tierra como huéspedes y peregrinos que van de paso, porque el cristiano sincero se tiene por extranjero en el mundo, no busca en él su reposo, y sabe que lo más que puede pretender es tener buen viaje en el camino de la vida para llegar al puerto de la eternidad con prendas seguras de salvación.

José y María buscan hospedaje en los diversos mesones de la ciudad y no lo encuentran, porque sin duda los poseedores los veían faltos de dinero y el Dios que venía á nacer en Belén quería adornarse desde el principio con los resplandores de la pobreza material, manifestarse despreciador de los bienes caducos de la tierra, para realzar más la magnificencia de la riqueza del espíritu, de los bienes celestiales; pues venía á enseñar que la pobreza no es un mal, antes bien un medio eficacísimo para subir á la más alta cumbre de la santidad.

¿A qué casa irán, pues, á hospedarse José y María? ¿Dónde están los criados

que preparen la morada para el Rey de la gloria que está á punto de llegar? Los santos Esposos, después de recorrer toda la ciudad, encuentran un sitio que no puede llamarse casa: es un establo ó cuadra donde se refugian los pobres que no saben donde cobijarse. Ellos mismos se acomodan la posada; y los devotos contemplativos y hasta los artistas cristianos consideran al glorioso Patriarca recorriendo la ciudad en busca de los elementos más necesarios para la vida, el pan, la leña, y disponiendo aquel humilde lugar para el alumbramiento sacratísimo de la Virgen María, cuyo cuidado y protección le había confiado la divina Providencia.

He aquí, cristiano, como en aquellos momentos la suerte del mundo estaba en manos de San José; he aquí á Jesús y á María que reposan únicamente á la sombra del glorioso Patriarca. Dios en el cielo y José en la tierra protegían al Salvador del mundo y á la Reina de las vírgenes, la Inmaculada María. Penetra con el entendimiento en el establo de Belén, contempla al sencillo carpintero de Nazaret ocupado en humildes quehaceres domésticos, y descubrirás un orden de cosas muy desconocido, y verás cuánto se equi-

vócan en sus juicios los sabios del mundo. Los que vivían en aquel tiempo habrían buscado el porvenir de las naciones, la suerte de la humanidad, en los palacios suntuosos de los príncipes, en los sabios dedicados al estudio; y Dios, como queriendo burlarse de la soberbia humana y exaltar la humildad, te hace ver clarísimamente como la suerte de todos los hombres, la regeneración del mundo, la salud de las almas y la vida eterna están, por decirlo así, en las manos de aquel modesto carpintero de Nazaret, que en un pobre establo de Belén vela y cuida del sacratísimo parto de la Virgen María, la cual debía dar á luz al Salvador de todos los hombres.

No des, pues, importancia á las grandezas humanas; solamente lo eterno es grande, sólo son grandes las cosas por su enlace con la eternidad; las cosas humanas que hoy existen y mañana desaparecen no son dignas por sí solas de ocupar tu corazón, que nunca será tan feliz como viviendo en dulce familiaridad con Jesús, María y José.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca San José, alcanzadme que, aun las cosas más humildes é insignificantes de la vida, las haga en honor de Jesucristo.

OBSEQUIO. Saluda afectuosamente la iglesia, cruz ó imagen que encuentres á tu paso, siempre que pases por delante de ellas.

Lo demás como en la página 10.

DIA X

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José en el santo Nacimiento.

Contempla, cristiano, el pesebre ó establo de Belén, mira las sagradas personas que allí intervienen, examina el edificio donde están cobijadas y aprenderás lecciones que el mundo totalmente ignora. Es la revolución más completa del mundo. Ya sabes que, según nos dice el Evangelio, los que aquí son los primeros, en la eternidad serán los últimos, y por el contrario los últimos de aquí serán los primeros de allí. Este nuevo orden de cosas empieza

en Belén: allí verás á los poderosos postrarse á los pies de los humildes, á los sabios y ricos á los pies de los que apenas si saben leer y que no tienen dinero para pagar el mesón, al cielo humillado ante la tierra, á los ángeles á los pies de los hombres, á los pastores y á los reyes adorando al Hijo de María, al pupilo de San José que yace en pobrisimo lecho de pajas. ¿Cuáles fueron los sentimientos de San José en este paso inefable del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en el portal de Belén?

Dos son los principales afectos que suelen contemplarse en el glorioso Patriarca durante el santo Nacimiento. El primero de pena por la pobreza con que ha de recibir al Rey de la gloria que viene al mundo; y, en verdad, si consideramos humanamente las cosas, ya que San José era hombre, y habiéndose confiado al glorioso Patriarca la misión de disponer y cuidar de la casa del Hijo de Dios sobre la tierra, le había de causar profunda tristeza no contar con ninguna de aquellas comodidades y regalos con que aun en las familias más pobres son cuidados los niños al venir á la vida. Los devotos consideran, y así es de creer, que José y María

se llevaron ya de Nazaret lo más preciso para el sacratísimo parto; pero aun así ¡cuánta pobreza en el Nacimiento del Hijo de Dios! Por cuna un pesebre, por colchón la paja, por cortinajes las telarañas, para calentar al Niño el aliento de los dos animales que les acompañaban en el establo. Pero un corazón noble y generoso como el de San José, cuando carece de comodidades materiales para obsequiar á quien estima, suple esta falta con los más afectuosos y dulces sentimientos del alma. Era pobre de fortuna pero rico de corazón, y por esto los contemplativos consideran el inestimable tributo de amor que San José pagó al divino Infante cuando humildemente postrado en tierra le adoró en los brazos de la Inmaculada Virgen María, al darle la enhorabuena por su misericordiosa venida al mundo. Si tú, cristiano, eres pobre, no te entristezcas al ver que los ricos ofrecen dones preciosos á Dios; recuerda que Jesucristo enseñó un día que la viuda que había depositado en el cepillo del templo la ofrenda más pequeña era quien la había dado más grande, porque había dado con gran amor el único cornadillo que poseía. La virtud de la generosidad está en el corazón y no en la bolsa.

Juntamente con esta tristeza has de considerar en San José la alegría de ver el establo con luces celestiales y al divino Niño alabado de los ángeles que le cantan himnos de gloria, y adorado por los pastores y los reyes que le ofrecen los tributos propios de su condición. José en su viva fe, consideró en los pastores y reyes las primicias de la humanidad que Jesucristo venía á conquistar, la composición de su reino que abrazaría todas las clases humanas, desde las más elevadas á las más humildes; y tú, cristiano, imita al glorioso Patriarca alegrando tu corazón con la fe de las cosas divinas, cuando las cosas humanas, á causa de su pequeñez, te dejen triste.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, hácedme comprender la grandeza de las cosas divinas, para que así sepa desasirme de las mundanas.

OBSEQUIO. Reza tres *Padre nuestros* en honor de Jesús, María y José.

Lo demás como en la página 10.

DIA XI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

*Sentimientos de San José
en la Circuncisión de Jesucristo.*

Si quieres ir seguro, no te apartes jamás de Dios. San José no desamparó jamás á Jesucristo, y por esto siempre creció en virtudes mientras estuvo sobre la tierra, y se aprovechó de todos los misterios de la vida del Hijo de Dios encarnado, enriqueciendo su espíritu con gracias é ilustraciones divinas. El tierno Infante había venido á vestirse el traje de pecador y quitar así con el precioso aroma de su divinidad la espantosa corrupción de nuestra carne; por esto ocho días después de nacido quiere recibir en su inocentísima y adorable carne la marca de la Circuncisión, que significaba la unión del hombre con su Dios.

Era la Circuncisión una imagen y figura de nuestro Bautismo; pero, como la Ley antigua era más dura que la Ley nueva ó de gracia, la Circuncisión era

una marca dolorosa, hasta el derramamiento de sangre, con que se sellaba el cuerpo, y se significaba la purificación del hombre; y era por tanto mucho más cruel que el suavísimo Bautismo cristiano con que los regenerados por Jesucristo obtienen el carácter de hijos de Dios. ¡Cuánto padecería San José viendo como el cuchillo ensangrentaba la carne inmaculada y ternísima del Hijo de María! Comenzaba éste su oficio de Redentor y regaba ya la tierra con su purísima sangre á fin de volverla fértil en todo género de virtudes. Por esto en aquel momento solemne de la Circuncisión, como ahora se hace en el Bautismo, se impuso al divino Niño el nombre de Jesús ó Salvador, significando que venía á ejercer sobre la tierra el oficio de Salvador universal.

El nombre de Jesús es la alegría de los ángeles y de los hombres, su dulzura ha formado las delicias de todos los amantes del Hijo de María; el enfermo moribundo se consuela y fortifica pronunciándolo; es un nombre que disipa las tinieblas de la inteligencia, que cura las dolencias del corazón, que deja satisfecho al espíritu hambriento. ¡Cuántos millones de veces se pronuncia cada día el nombre

de Jesús de uno al otro polo de la tierra! Pondera ahora, cristiano, la satisfacción que experimentaría San José cuando oyó que á su santísimo Hijo se le imponía este nombre adorable, ó mejor dicho, el gusto con que él mismo se lo impondría, sabiendo que no era fruto de invención humana, ni puesto para complacer á los parientes, sino que el mismo Eterno Padre lo había revelado y ordenado por ministerio del arcángel San Gabriel, enviándolo á su Hijo encarnado como un presente de inestimable valor. ¡Oh inefable dolor y gozo de San José! La sangre que Jesús derrama á los ocho días de nacido, enternece vuestro corazón y lo sumerge en la tristeza; pero el oficio de Salvador universal que viene á ejercer sobre la tierra os alegra y consuela y os llena de veneración para con aquel Niño á quien cubrís de besos, sintiendo ya los atractivos de la hermosura de Jesús, imán de las almas rectas y Sol eterno que calienta con los rayos de su amor á todos los que en él creen. He aquí que San José, después de la Virgen María, fué el primero que disfrutó del nombre de Jesús, del amor de Jesús y de la gloria inmensa del que venía á hacerse Dios del mundo; y

aprende, cristiano, que si al lado de Jesucristo participas de sus penas, también tendrás parte en sus gozos, no sólo ahora en los breves instantes de la vida, sino principalmente después en la interminable eternidad.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca San José, alcanzadme de nuestro Señor Jesucristo la gracia de saber mortificar mi carne.

OBSEQUIO. Reza un *Credo* en honor de la Circuncisión de Jesucristo.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XII

Se empieza como en la pág. 6.

MEDITACIÓN.

La Presentación del Hijo de Dios en el Templo

La palabra que viene de Dios siempre ilumina al hombre, y San José experimentó esta verdad al oír la profecía de Simeón, que en breves frases dió á enten-

der que la misión de Jesucristo, ejemplar de la de todos los demás hombres, era muy gloriosa, pero que se había de llevar á cabo con grandes trabajos.

Contempla, cristiano, á María y á José llevando al templo de Jerusalén el divino Niño para presentarlo y ofrecerlo allí al Señor. La ofrenda que en tal circunstancia y con motivo de dicha ceremonia debía hacerse era diferente, según eran pobres ó ricos los que iban á cumplir con aquel deber de Religión. María y José, que habían de ganarse el sustento con el trabajo de sus manos, entregaron la ofrenda propia de los pobres, esto es, un par de tórtolas ó palominos. El presente, materialmente considerado, era pequeño, pero eran muy grandes los afectos del corazón con que lo acompañaban José y María, pues no solo daban al Eterno con gran devoción y amor el par de palomitas, símbolo de inocencia y de virtud, sino que al mismo tiempo le ofrecían el mansísimo y purísimo Cordero que borra los pecados del mundo, Jesucristo Señor nuestro; lo cual para José y María era como privarse de la propia vida, como desprenderse de su propio corazón para entregarlo á Dios. ¡Cuán grato debió ser

al Altísimo este sacrificio de María y de José! Los padres terrenos no saben ser generosos con Dios cuando se trata de los propios hijos; los quieren para sí; mas José y María dan otro ejemplo en este acto de presentar, ofrecer y, digámoslo así, sacrificar en homenaje á Dios su dulcísimo Hijo Jesús.

Todo lo que nos viene de Dios, á Dios lo hemos de devolver, hasta lo que más estimamos, hasta la misma vida.

Estando en el templo José y María, se realizaron grandes portentos, y el espíritu profético de Israel se despertó para proclamar la misión divina del Niño Nazareno que hacía su presentación. Simeón, varón envejecido en las prácticas de la Religión y en el ejercicio de las virtudes, lleno de las antiguas esperanzas de restauración y redención, conoció por instinto sobrenatural la presencia, en el Templo, del Salvador del mundo bajo los delicados miembros del Niño de Nazaret, y entonces entonó aquel himno que todas las tardes resuena en las Iglesias cristianas, manifestando sus ansias de morir pronto, porque ya había satisfecho su deseo de ver y abrazar al Redentor del mundo. Volviéndose después á María

y á José les manifestó que el Niño sería el blanco de toda clase de contradicciones y que había venido al mundo para ser la salvación de unos y la ruina de otros.

Así fué y así será siempre Jesucristo; todos los que se salvan ó se condenan, se salvan ó se condenan por Jesucristo; porque siendo Él la única puerta de salvación, el perderse ó salvarse proviene de seguirle á Él ó no seguirle.

Considera ahora el estado de espíritu de José en medio de estas admirables revelaciones. En ellas comprende con nueva claridad la misión de Jesucristo, ve evidentemente la batalla perpetua entre el bien y el mal que iba á comenzar en la adorable persona del Redentor y duraría tanto como el mundo; ve la gloria de la eternidad, la hermosa del reino que Jesucristo venía á establecer; pero al mismo tiempo descubre los abismos de dolor de la Pasión del Señor y las tribulaciones de sus seguidores; mas el espíritu del Santo Patriarca se mantiene en perfecto equilibrio, descansando en la confianza de que la Providencia es sapientísima y dispone todas las cosas en número, peso y medida.

Ten tú la misma confianza y harás felizmente el viaje á la eternidad.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Alcanzadme, San José, la gracia de saberme presentar y ofrecer totalmente al servicio de Dios.

OBSEQUIO. Uniéndote al Niño Jesús, conságrate y ofrécete al divino servicio, diciendo humildemente postrado en tierra: *Señor, en vuestras manos me entrego. Lo demás como en la pág. 10.*

DÍA XIII

Se empieza como en la pág. 6.

MEDITACIÓN.

Aviso del ángel á San José

Amarga tribulación aguardaba á la Sagrada Familia después de la gloria disfrutada en el portal de Belén, donde los ángeles del cielo y los grandes de la tierra habian rendido pleito homenaje al Divino Niño reclinado en el pesebre. Tranquilo dormía una noche el santo

Patriarca, rendido del trabajo del día, cuando un ángel le despierta diciendo: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, porque el rey Herodes busca al Niño para matarlo.»

Los pronósticos de las grandezas del Infante, el vaticinio de que habia de restaurar á Israel, la profecía de su reino eterno que abarcaría el mundo entero inflamaron la imaginación de Herodes y, aferrado como estaba á los bienes de la tierra, con el recelo de perder el reino, se volvió cruel y todo lo hubiera pasado á sangre y fuego antes que dejar el trono que disfrutaba. ¡Oh, cuán cierta es la máxima de nuestro Señor, que difícilmente se salvan los ricos! Apegamos el corazón á los bienes efímeros de la tierra, nos identificamos con ellos, y antes que perderlos cometeríamos cualquier desatino; por esto dijo también el Señor que para seguirle hemos de dejarlo todo. En efecto, por lo menos el corazón hemos de tenerlo desasido de cuanto no sea Dios; mientras fomentamos una pasión desordenada, estamos en peligro de pecar, y la experiencia enseña que hasta los hombres al parecer timoratos, cuando se presenta la ocasión en que ó se ha de sacri-

012300

ficar una cosa que se ama desordenadamente ó se ha de caer miserablemente en pecado, ofenden á Dios antes que hacer el sacrificio de lo que constituye el objeto de sus delicias. Nos horrorizamos de los grandes delitos, pensamos que los pecados enormes sólo los cometen personas de una naturaleza distinta de la nuestra; y no obstante somos tan flacos y débiles como nuestro prójimo y estamos expuestos á cometer sus mismos delitos, si no llamamos en nuestro auxilio la gracia divina que llena los abismos de miseria que hay en nuestra naturaleza.

Herodes mandó degollar á todos los niños de dos años abajo, en Belén y sus cercanías. La desolación era espantosa y el duelo de las madres no se puede ponderar; pero todo lo que Dios quiere, se salva. Tal vez murieron degollados por el cuchillo de Herodes muchos hijos que algunas familias acomodadas cuidaban regaladamente en sus casas, mientras el Niño del establo de Belén, el pobrecito Niño que ha de calentarse con el aliento de los animales, que no tiene más amparo sobre la tierra que al humilde carpintero de Nazaret, se salva de la persecución de os esbirros del ambicioso monarca. Atien-

de, cristiano, cuánto más vale la protección de San José que la persecución de los poderosos. Aprende á estimar la protección del glorioso Patriarca para librarte de todo peligro; considera que el aviso dado por el ángel á él, y no á María, de guardar al Niño y á su Madre en Egipto, demuestra claramente que Dios reconocía á San José el carácter de cabeza de la Sagrada Familia, y piensa que si Jesucristo obtuvo por medio de José la salvación de su vida temporal, también tú, si eres devoto del Santo, encontrarás siempre en él á un abogado que te libre de los peligros de la vida, y á un intercesor poderoso que te ayude en los sufrimientos y congojas de la muerte.

Medita estas verdades y pide, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, así como librasteis de la persecución de Herodes al Niño Jesús, ayudadme á vencer todas las tentaciones de mis enemigos. ®

OBSEQUIO. Repite á menudo esta petición del Padre nuestro: *no nos dejes caer en la tentación.*

Lo demás como en la página 10.

DÍA XIV

Se empieza como en la página ó.

MEDITACIÓN.

Huida y permanencia en Egipto.

Salé San José de la dulce patria camino del destierro, cargado con el divino peso del Niño Jesús, tesoro preciosísimo que el Eterno Padre le había confiado, y acompañado de la Virgen María. ¿Quién será capaz de expresar los sentimientos de los santos Esposos en este viaje? Siendo inocentes se ven perseguidos, y el temor de ser alcanzados por los soldados de Herodes les causaría dolorosa inquietud. Sucede con frecuencia que aflige más el temor de una desgracia que la desgracia misma; pero la resignación á la voluntad divina, acompañada del cumplimiento de las órdenes del Señor, calma en los santos los más amargos temores.

Así reposaba en Dios el espíritu del glorioso Patriarca durante los días en que Jesús corrió peligro de ser víctima de los perseguidores enviados por Herodes.

Ya contemplaste, oh cristiano, el viaje

de Nazaret á Belén con sus fatigas y molestias; pero, ¡cuánto más doloroso es este camino de Egipto! Porque para ir á Belén los santos Esposos se dispusieron pacíficamente, recorrieron tranquilos el camino sin angustiarlos el temor de la persecución. Pero, según se desprende del Evangelio, el aviso que dió el ángel á San José de huir á Egipto para salvar al Niño fué urgente, debieron ocultar la fuga para no llamar la atención de los perseguidores, y por lo mismo saldrían de su país desprovistos de todo, mayormente si se atiende á que estaban fuera de su casa, hospedados en el pobre establo de Belén. Suerte tienen Jesús y María de San José; ¿cómo habrían podido sin él escapar del peligro? ¿Cómo hubieran podido hacer el viaje á Egipto? Y si el Rey de la gloria humanado en los peligros de la vida se entrega á la protección de San José, ¿no tendrás tú confianza, si le eres devoto, de que jamás te faltará su asistencia en el viaje por el Egipto de este mundo?

Estos santos personajes durante el camino del destierro debieron sufrir escasez de alimentos, cansancio de andar, las inclemencias de la noche, miedo de la soledad y de los malhechores con quienes

podían topar; en nada de la tierra podían confiar; por eso ponían todo su corazón en manos de Aquel que gobierna todas las criaturas.

Contempla además la estancia de la Sagrada Familia en Egipto, país de tristísimos recuerdos para el pueblo de Israel, pues José y María sabían que sus antepasados habían vivido como esclavos en aquella tierra, donde no era adorado el verdadero Dios, sino que sus habitantes vivían sumidos en las supersticiones y errores más groseros y adoraban como á dioses á los seres más abyectos y ridículos.

Para el hombre espiritual la Religión es su vida. El hombre grosero vive, y con frecuencia muere, por los placeres mundanales; y así para él todo el mundo es patria mientras tenga con que regalarse. José y María, espíritus santísimos y elevados, se encuentran, pues, en Egipto, y allí falta el culto y adoración del verdadero Dios, que era su consuelo y vida. ¡Oh, cómo echarían de menos las grandes solemnidades del Templo de Jerusalén, las explicaciones de las Sagradas Escrituras que daban los doctores de la ley, las venerables costumbres patrias animadas del espíritu de la Religión! Pero les con-

solaba la posesión de Jesucristo, en el tierno Niño tenían todas sus delicias; Jesús valía para ellos más que todo el mundo junto; y si tú, cristiano, sabes amar de veras á Jesucristo, te resignarás, como San José, á perder todos los bienes sin que te falte la paz del corazón, la tranquilidad de la conciencia y el consuelo del espíritu, porque Jesucristo solo basta para labrar la felicidad del cielo y de la tierra.

Medita estas verdades, y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, San José, haced que sepa desprenderme de todo lo del mundo.

OBSEQUIO. Repite á menudo aquella jaculatoria de Santa Teresa: *Quien á Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta.*

Lo demás como en la página 10.

DÍA XV

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

La Sagrada Familia vuelve del destierro.

Dios, que había cuidado de avisar á San José para que escapase de la persecución de Herodes huyendo con el Niño Jesús y su Madre Santísima á Egipto, cuidó también, llegado el tiempo oportuno, de avisarle por medio de un ángel que regresase á la tierra de Israel.

Herodes había muerto, y por tanto la Sagrada Familia, y especialmente el divino Niño, ya no corría peligro. Contempla el gozo de los santos desterrados cuando pudieron volver á su patria, oír hablar el idioma de sus padres, adorar con las ceremonias de la Religión verdadera á su Dios y Señor, y vivir en compañía de los parientes y conocidos. El poderoso Herodes había muerto, sobreviviéndole el Niño Jesús á quien él quería degollar; como también en los siglos venideros irán desapareciendo los perseguidores de Jesucristo y de su Iglesia, y la santa Religión

cristiana perseverará hasta el fin de los siglos.

Del Evangelio se desprende que el ángel dió un segundo aviso á San José cuando ya habían llegado ó estaban cercanos á la tierra á Israel. A Herodes había sucedido en el reino de Judea su hijo Arquelao, tan cruel como su padre, y por esto á fin de evitar nuevas persecuciones el ángel ordena á San José que se traslade á Nazaret. He aquí como todas las alegrías traen mezclada su gota de hiel; no es posible hallar una satisfacción completa en este mundo. La Sagrada Familia regresaba á su patria con el corazón dilatado y satisfecho; la muerte de aquel rey criminal que quería degollar á Jesucristo parece que debía infundirles seguridad; pero reinaba en Judea Arquelao, de instintos tan sanguinarios como aquel, y tenía en su mano el cetro de Galilea otro hijo de Herodes que más adelante había de contribuir á la Pasión del Redentor. Sin embargo, el ángel avisó á San José que se fuesen á Galilea, y la Sagrada Familia, puesta su confianza en el cielo, se retiró á Nazaret; porque, como observa el sagrado Evangelista, estaba profetizado que nuestro divino Salvador

sería conocido con el nombre de Jesús Nazareno, como efectivamente con tal nombre se le ha conocido hasta nuestros días.

Considera ahora, cristiano, en todo este negocio del destierro á Egipto y regreso de nuestro Señor Jesucristo y de toda la Sagrada Familia á Nazaret, como resplandece la autoridad de San José, la cual Dios, y hasta el mismo Evangelista, parece que se complace en hacer resaltar. Dios no comunica directamente sus órdenes á Jesús ni á María, sino que en todo lo que atañe al gobierno de la Sagrada Familia las comunica al glorioso Patriarca que era la cabeza de ella. En todos estos hechos vemos como una consagración divina de la autoridad de San José; él es quien recibe del cielo por medio de un ángel el aviso de huir á Egipto; á él se le notifica que pueden regresar á su país, y por último á él comunica el ángel directamente que se alejen de Judea y vayan á morar en Galilea.

Respetas también tú, cristiano, á tus superiores, debiendo estar bien convencido de que la divina Providencia se vale de ellos para el gobierno de tu alma, comunicándoles las luces necesarias para

tu bien espiritual. No examines jamás los méritos de tus superiores; Jesús y María eclipsaban por su dignidad y excelencias á San José, y no obstante le obedecían fielmente y se dejaban gobernar por él. Sigue tú también la dirección de los superiores que Dios te ha dado, y no errarás en tu camino.

Medita estas verdades y pide, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, San José, haz que descanse siempre en la Providencia de Dios que gobierna nuestra vida.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* en honor del ángel que en nombre de Dios avisaba á San José.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Jesús aprendiz.

Desde que Jesús, María y José regresaron de Egipto hasta que, siendo el Niño de doce años, fueron al Templo de Jeru

sería conocido con el nombre de Jesús Nazareno, como efectivamente con tal nombre se le ha conocido hasta nuestros días.

Considera ahora, cristiano, en todo este negocio del destierro á Egipto y regreso de nuestro Señor Jesucristo y de toda la Sagrada Familia á Nazaret, como resplandece la autoridad de San José, la cual Dios, y hasta el mismo Evangelista, parece que se complace en hacer resaltar. Dios no comunica directamente sus órdenes á Jesús ni á María, sino que en todo lo que atañe al gobierno de la Sagrada Familia las comunica al glorioso Patriarca que era la cabeza de ella. En todos estos hechos vemos como una consagración divina de la autoridad de San José; él es quien recibe del cielo por medio de un ángel el aviso de huir á Egipto; á él se le notifica que pueden regresar á su país, y por último á él comunica el ángel directamente que se alejen de Judea y vayan á morar en Galilea.

Respetas también tú, cristiano, á tus superiores, debiendo estar bien convencido de que la divina Providencia se vale de ellos para el gobierno de tu alma, comunicándoles las luces necesarias para

tu bien espiritual. No examines jamás los méritos de tus superiores; Jesús y María eclipsaban por su dignidad y excelencias á San José, y no obstante le obedecían fielmente y se dejaban gobernar por él. Sigue tú también la dirección de los superiores que Dios te ha dado, y no errarás en tu camino.

Medita estas verdades y pide, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh glorioso Patriarca, San José, haz que descanse siempre en la Providencia de Dios que gobierna nuestra vida.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* en honor del ángel que en nombre de Dios avisaba á San José.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Jesús aprendíz.

Desde que Jesús, María y José regresaron de Egipto hasta que, siendo el Niño de doce años, fueron al Templo de Jeru

salén á celebrar la Pascua, el Evangelio nada nos refiere de la Sagrada Familia; pero la piadosa consideración de los cristianos, fundada en la ciencia teológica, se complace en contemplar en ese espacio de tiempo una de las épocas más interesantes de la vida del Hijo de Dios hecho hombre, y uno de los oficios más honrosos del glorioso Patriarca San José.

Jesús, en quien, siendo hombre, reposa y habita toda la plenitud de la Divinidad, es la misma Sabiduría del Eterno Padre, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo y la ciencia infinita que jamás se engaña; no obstante, como enseña el Doctor angélico, Santo Tomás de Aquino (Suma Teológica, 3.^a parte, q. IX a. 4), siendo esencial á la naturaleza humana la facultad de aprender por la experiencia, Jesucristo, que quiso ser llamado con gran complacencia suya *Hijo del Hombre*, no debió tener ociosa esta facultad, y así fué adquiriendo conocimiento experimental de las cosas en la edad que acostumbran hacerlo los demás hombres. ¡Oh grandeza de la humildad divina! ¡Oh inefables misterios del amor de Dios á la naturaleza humana, queriendo todo un Dios vestirse de ella

sin que nada le faltase para ser hombre como nosotros! Pero, ¿quién será en el mundo el maestro de la Sabiduría eterna? Es cierto que, según Santo Tomás, parece más propio que, habiendo Jesús venido al mundo para ser maestro de todos, fuese él mismo adquiriendo la ciencia experimental de las cosas, sin que otro hombre le enseñase; mas no por esto se apartará de la verdad quien considere á San José como maestro de Jesucristo, ó digamos más bien al divino Infante como aprendiz del ilustre carpintero de Nazaret en las tareas propias del oficio, en todos aquellos conocimientos que provienen de la experiencia de las cosas del mundo, y hasta en guiar y educar los sentidos corporales de aquel Niño en quien residía la Sabiduría infinita y que iba creciendo y haciéndose hombre lleno de ciencia y gracia, como dice el Evangelista.

Un antiguo y sabio escritor místico de Cataluña (1) nos describe á San José llevando en sus brazos al Niño Jesús y haciéndole aquellas fiestas, juegos y caricias que los padres suelen hacer á sus

(1) Fray Francisco Eximenes en la vida de Jesucristo.

hijos, cuando, descansando del trabajo, se entregan á disfrutar de la vida de familia; y tú, cristiano, puedes también razonablemente contemplar estos pasos de la vida íntima de la Sagrada Familia, como lo han verificado muchos santos con suavísimo consuelo de su alma, y enriqueciéndose con ello su espíritu de tiernos sentimientos de piedad y religión.

A Dios tanto se le conoce en las cosas grandes y en los actos sublimes de poder, como en las cosas pequeñas y humildes, y á las veces lo encontramos y sentimos mejor en las cosas humildes que el mundo desprecia, que en las grandezas que admiran los filósofos y sabios de la tierra. Sabemos que muchas veces una devoción, buena al parecer sólo para mujeres, ha iluminado más el entendimiento de un hombre que las sabias demostraciones de la ciencia humana.

Nuestro Maestro Jesús quiso enseñar sentado en el banco de una carpintería, ó en un poyo ó ribazo de las campiñas de Judea, y no en las cátedras y escuelas de famosas ciudades; y así aun ahora quien quiere penetrar profundamente sus enseñanzas lo ha de buscar en la humildad, en la pobreza, en la sencillez. Allí oirás,

cristiano, la doctrina de salvación; por lo cual, acercándote á la tienda de San José, contempla á su divino aprendiz, abrázalo con todo el afecto de tu alma y pídele que por su Omnipotencia ilumine tu espíritu y te guíe por el camino del cielo.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca, San José, alcanzadme la santa virtud de la humildad para que aprenda la ciencia de la salvación.

OBSEQUIO. Procura dar buen ejemplo y edificación á los que viven ó tratan contigo.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Subida al Templo.

Teniendo en cuenta el espíritu de piedad de San José, ya puedes figurarte, cristiano, cómo cumpliría el santo Pa-

triarca los deberes de religión que imponía la antigua Ley. Por esto el sagrado Evangelista nos hace notar que todos los años subía á Jerusalén para celebrar en el Templo, que era como el corazón de la Religión antigua, los días solemnes de la fiesta de la Pascua. Desgraciadamente muchos padres de familia olvidan sus deberes religiosos, y el mundo va perdiendo la fe porque los hijos que ahora se crían no ven á sus padres aficionados á la práctica de la Religión, antes por el contrario notan que dejan de cumplir sus deberes para con Dios. Creen estos padres que hacen bastante con dar á sus hijos el pan material, ganándoles un capital que les asegure la vida del cuerpo; mas de la vida espiritual, de la práctica de la piedad, que ayuda al hombre á conseguir la felicidad eterna, no se cuidan, sino que además escandalizan á sus hijos con su vergonzosa negligencia.

Al cumplir el Niño Jesús los doce años, San José lo llevó consigo al Templo de Jerusalén para celebrar las fiestas de la Pascua; es decir, que, en cuanto llega á la edad de discreción, se lo asocia para el cumplimiento de los deberes religiosos. El primer maestro de Religión que

ha de tener el hijo ha de ser de su propio padre; entonces las creencias son más firmes, la piedad más arraigada, y cuando viene la hora de las pasiones el joven se encuentra en mejores condiciones para resistirlas. Claro es que nuestro Señor Jesucristo nada de esto necesitaba, pues era santo por naturaleza; pero la Providencia divina que gobernaba de un modo particular todas las acciones de la Sagrada Familia, quiso que de ella pudieran tomar ejemplo todas las familias cristianas en el cumplimiento de todos sus deberes. ¡Cuántos padres en el día de hoy en vez de llevar á sus hijos al templo y enseñarles prácticamente el ejercicio de la piedad cristiana, los llevan á diversiones peligrosas y nocivas, donde lejos de excitarse en sus tiernos corazones el temor de Dios, la modestia de la vida, el espíritu de mortificación, se les excitan las pasiones sensuales, la vanidad, y se les prepara no para Dios, sino para el mundo, que después los perderá y llevará á la desesperación!

Si tú, cristiano, eres padre de familia, ó has de cuidar de la educación de jóvenes, toma por ejemplar y maestro al glorioso Patriarca San José, y desde

pequeñitos enséñales, con tus ejemplos y doctrinas, cómo la vida humana no consiste en divertirse y pasar los días alegremente, sino en el trabajo, en el dominio de las propias pasiones y en el culto y servicio de Dios nuestro Señor, y así saldrán hombres útiles para la sociedad y la familia, y sabrán salvar sus almas.

El único consuelo del padre discreto y sabio, su único gusto, lo cifra en tener junto á sí al hijo en las ocasiones solemnes de la vida, en el cumplimiento de los deberes esenciales. Considera, pues, ahora piadosamente el espiritual regocijo de San José cuando iba al Templo de Jerusalén á celebrar la Pascua llevando á su lado al jovencito Jesús lleno de inocencia, de gracia y sabiduría, siendo la admiración de todos porque, como dice San Jerónimo, en el rostro de Jesús reverberaba la misma llama de la Divinidad y se manifestaba la santidad de que estaba revestido; y, si eres jefe de familia ó tienes bajo tu dirección á otras personas, piensa que no te has de contentar cumpliendo tú solo los deberes de piedad, sino que has de dar cuenta de las almas de los demás, y por consiguiente con tus palabras y ejemplos has de procurar atraerlos al servicio de

Dios, á la asistencia al templo y al ejercicio de las virtudes cristianas.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. ¡Oh glorioso Patriarca! por la diligencia con que cumplisteis los deberes de la Religión, alcanzadme la gracia de una suma fidelidad á los mandamientos de la Iglesia.

OBSEQUIO. Si te es posible, visita hoy una iglesia ó altar dedicado á San José, ó cuando menos la imagen que tengas en tu casa.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XVIII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

El Niño perdido.

Después que José y María, acompañados del buen Jesús, hubieron cumplido sus deberes de religión en el Templo de Jerusalén, pasados los días de la festividad de la Pascua, regresaron de Nazaret; pero,

sin que sus padres lo notaran, el divino Niño se quedó en el Templo. José y María hicieron una jornada de camino sin advertirlo; pero, al darse cuenta de que les faltaba el buen Jesús ¿cuál sería la amargura de su alma? Las dudas que les asaltaron sobre su paradero, los temores de una desgracia, los escrúpulos de si no habrían guardado bien el tesoro que el cielo les había confiado, les afligían sobre manera y henchían sus corazones de angustia indecible. La pérdida de un niño de doce años siempre aflige á sus padres, y mucho más sí, como sucedía á José y á María, se encuentran fuera de casa. En los padres del buen Jesús la aflicción era mayor á causa del misterio que rodeaba al divino Niño, á quien habían visto desde su nacimiento objeto de vaticinios y pronósticos que le presentaban como destinado á dar vida á los hombres, pero mediante el sacrificio de sí mismo.

María y José no sabían prescindir de Jesús, no podían vivir sin él, y el temor de haberlo perdido los colmaba de amargura. Lo mismo debería sucederte á ti. Si fueres de Dios, no sabrás pasar sin él; el temor de perderlo será para tí el mayor motivo de aflicción que pueda sobrevenir-

te porque la pérdida de los intereses, de la honra mundana y aun de la propia vida no es tan terrible para el verdadero cristiano, como perder á Dios. Por esto la historia de los santos nos enseña que aquellos siervos de Dios daban con mucho gusto cuanto poseían, y hasta la propia vida, antes que consentir en abandonar al Señor.

El Sagrado Evangelista refiere que José y María buscaban al buen Jesús, entre los conocidos y parientes, porque, como los que concurrían al Templo eran en gran número, naturalmente podía ser que se hubiese juntado á alguno de los grupos de compatriotas suyos que volvían á Galilea. No encontrándolo entre los que volvían de celebrar la Pascua en el Templo, José y María volvieron á Jerusalén. ¿Qué pensamientos ocuparían el alma de los santos Esposos? Tenían muy frescas en la memoria aquellas profecías admirables y tremendas que en el mismo Templo de Jerusalén habían oído acerca de la restauración de Israel, que debía verificarse mediante el sacrificio de Jesús y al entrar en la ciudad que había dado á tantos profetas y enviados de Dios, por fuerza el ánimo de los santos Esposos

debía estar preocupado con las tristes ideas de lo pasado y con los temores y los pronósticos de lo por venir.

Acompaña tú espiritualmente á José y á María en esta aflicción y, si ellos tuvieron motivos de entristecerse profundamente por haber perdido á Jesús sin culpa alguna de su parte, reflexiona ¡cuál debe ser la amargura del cristiano siempre que, seducido por el placer del pecado, pierde culpablemente á Jesús, única dulzura y felicidad del hombre! Pero si tú no te separas de María y José, si perseveras en la devoción á los santos Esposos, ten la seguridad de que Jesús no se apartará de tí, no te faltará la gracia y sentirás en tu corazón aquella fortaleza que dimana de Dios y nos asegura la vida del alma.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Oh santo Patriarca, por el dolor que sentisteis al perder á Jesús, haced que no sepa vivir alejado de mi adorable Redentor.

OBSEQUIO. Excítate á dolor de tus pecados y haz un fervoroso acto de contrición.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XIX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

De como José y María encuentran á Jesús en el Templo

El misterio de Jesucristo en el Templo en medio de los doctores de la Ley, siendo niño de doce años, es uno de los más interesantes de la vida del Salvador, porque entonces empezó á resplandecer á los ojos del mundo la Divinidad del Hijo de María. Se manifestó también entregado ya del todo al servicio de Dios, prefiriendo el Padre celestial á todos los afectos terrenos por muy nobles que fuesen, ya que Dios es el fin y término del hombre. Así lo verás, cristiano, en esta devota contemplación.

José y María buscan llenos de pesadumbre al buen Jesús, y por fin lo encuentran en el Templo, sentado en medio de los doctores, á los cuales oía y preguntaba acerca de las cosas que atañen á Dios nuestro Señor. Considera, primeramente, el lugar donde lo encuentran, que es el Templo,

habiéndolo perdido entre un gran concurso de gente; para que entiendas que entre las muchedumbres, con el trato y comercio del mundo, el hombre no sólo acostumbra relajarse y distraerse de sus deberes espirituales, si no que también suele perder á Dios. Al contrario, en la soledad del templo, en la quietud y reflexión de la casa de Dios donde las tinieblas de las pasiones suelen disiparse, el hombre es iluminado con luz bajada del cielo. Pondera además el gozo con que María y José abrazarían al divino Niño, el respeto con que lo mirarían en la casa de Dios, como quien estaba en su propia casa, admirado de todos los doctores de la Ley al encontrar tanta sabiduría en un niño de tan corta edad. La grandeza del misterio sobrecogió á los santos esposos, y por entonces no llegaron á explicarse la conducta del buen Jesús para con ellos. Por esto la Virgen María le preguntó: «Hijo, ¿por qué te has portado de este modo con nosotros? Tu padre y yo llenos de aflicción te hemos buscado.» — «Y ¿por qué me buscabais? respondió el divino Niño; ¿no sabíais que en las cosas de mi Padre conviene que yo asista?»

El Evangelista dice que José y María

no entendieron por entonces el misterio de estas palabras, en apariencia algo desabridas para ser dirigidas á tan bondadosa Madre; y así la celestial Señora las guardó en su corazón, reflexionando sobre ellas. Para entender, cristiano, la palabra de Dios, se necesita un sentido particular; por esto ocurren ocasiones en que los sabios no la entienden y si los ignorantes, porque les favorece la asistencia del Espíritu Santo; y por esto la doctrina de Jesucristo no fué entendida ni por los mismos Apóstoles que debían predicarla, hasta que después del sacrificio del Calvario el Espíritu Santo descendió á sus corazones para iluminarlos. Aun ahora muchos son los que no entienden la enseñanza que nos da el Niño Jesús quedándose en el Templo y separándose de sus padres; y sin embargo esta doctrina es la que aprendimos desde párvulos en los mandamientos de la Ley de Dios que nos ordena amarle sobre todas las cosas, y de la misma doctrina está lleno el santo Evangelio, diciéndonos en diversos tonos que hemos de tener el corazón desasido de todo, hasta de las más nobles afecciones, para que no nos impidan la unión con Dios nuestro Señor.

Aprende, pues, ahora, oh cristiano, esta lección del Niño Jesús; haz que Dios sea el rey de tu corazón, y á ejemplo de José y María medita este principio fundamental de la fe: *has de ser todo para Dios y has de abandonar todas las cosas que te impidan llegar á Aquel que es tu principio y será tu fin por toda la eternidad.*

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PERICIÓN. Oh glorioso Patriarca, alcanzadme la gracia de comprender y practicar el mandamiento fundamental de amar á Dios con todo mi corazón, con toda mi vida y con todas mis fuerzas.

OBSEQUIO. Harás en este día tres actos de amor de Dios.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

San José durante la juventud de nuestro Señor Jesucristo

El sagrado Evangelista, después de referir como José y María encontraron

al buen Jesús en el Templo de Jerusalén, añade lacónicamente que los tres santos personajes regresaron á Nazaret, y que Jesús estaba sujeto á José y á María, é iba creciendo en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Jesús es la autoridad suprema, es quien gobierna todo lo criado, el juez de vivos y muertos, y sin embargo se somete á San José que hacia con él las veces de padre, para dar á todo el mundo ejemplo de sumisión y obediencia. La desobediencia es la perdición del mundo. Por ella se perdieron los ángeles, por ella prevaricaron nuestros primeros padres Adán y Eva, y podemos decir que todo pecado no es sino una desobediencia. La vida entera de Jesucristo en el mundo fué una obediencia continua, vida que fué consumada con la muerte sufrida también por obediencia, no sólo á las disposiciones del Padre celestial, sino hasta á la sentencia injusta de un juez perverso.

Pero especialmente es digna de ponderarse la sumisión que tuvo durante su juventud nuestro Señor Jesucristo á S. José, porque ella exalta y engrandece la autoridad y la dignidad del glorioso Patriarca. Un Dios hecho hombre se pone á su

disposición, está sumiso á sus órdenes, le sirve como oficial en las tareas del oficio, y en la venerable tienda de Nazaret San José es verdaderamente amo y maestro del mismo Hijo de Dios. Nosotros por desgracia huimos de la obediencia, murmuramos de nuestros superiores creyendo tal vez que tenemos más méritos que ellos, y el buen Jesús, Hijo de Dios, no se desdena de obedecer, antes lo hace con amor y humildad, al Carpintero de Nazaret, respetándolo como á padre y sirviéndole como á su verdadero amo.

En aquellos felices años que pasaron trabajando juntos Jesús y José en el pobre taller de carpintería, es claro que debía resplandecer y manifestarse la divinidad del primero, porque como dice el Evangelista, crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres; pero, según los decretos de la Providencia, San José debía recibir las revelaciones del misterio de Jesucristo con un fin diverso de los demás mortales. Los Apóstoles, favorecidos con las luces de la revelación, lograron penetrar los secretos de la Divinidad para pregonarlos por todo el mundo y darlos á conocer á toda humana criatura; San José adquirió el

conocimiento de esos mismos secretos para tenerlos reservados y guardarlos fielmente como el cajero guarda un tesoro. Así vemos que el Santo Patriarca guarda el secreto que le comunicó el ángel de que su Esposa había concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y mantiene en una gran reserva las demás revelaciones que recibe de parte de Dios, los cánticos de los ángeles en el portal, la adoración de los Magos, las profecías hechas en el Templo. Las luces que logró con el trato familiar y continuo de Jesús, en vez de publicarlas por el mundo, las guarda en su corazón, porque lejos de desear la fama y la honra que le proporcionarían delante de los hombres sus relaciones paternas con el *Descado de las naciones*, prefiere la vida oculta, se contenta con disfrutar á solas de Dios, y su corazón humilde no se complace sino en hablar familiarmente con Jesús. ¡Oh vida verdaderamente preciosa la del que huye el mundanal ruido y busca la felicidad en la sabiduría cristiana que se encuentra en el humilde ejercicio de las virtudes, en la práctica de la piedad y en la elevación del corazón sobre todas las cosas de la tierra! Hacedme la gracia, oh

glorioso Patriarca, de que á ejemplo é imitación vuestra sepa seguir este camino que asegura la paz de la vida presente y la felicidad eterna en la otra.

Medita estas verdades y pide, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Alcanzadme, santo Patriarca, que ame la vida modesta y retirada, y que en ella encuentre la paz del corazón.

OBSEQUIO. En honor de San José guarda hoy particularmente la discreción en las palabras.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Amor de correspondencia de Jesucristo á San José

Podemos decir que toda la vida de San José estuvo consagrada á Jesucristo, al modo que, generalmente hablando, la vida de los padres está dedicada al sustento, crianza y dirección de los hijos. Los

padres trabajan para los hijos; todos los deseos, proyectos y empresas de los hombres honrados se dirigen á procurar el bien de los hijos que el cielo les ha dado, de suerte que con toda verdad se puede afirmar que ellos forman el objeto de su vida. Los padres viven, piensan, trabajan, disfrutan y padecen por sus hijos; y esta identificación entre el padre el hijo la encontramos en grado eminente entre San José y nuestro Señor Jesucristo, porque la excelencia del Hijo hacía naturalmente más vivo el amor que el Padre le profesaba. Los ángeles fueron todos criados para asistir y servir á Dios; por eso están siempre dispuestos á cumplir sus mandatos, sin cesar cantan sus alabanzas y se ejercitan en su amor; pero aun podemos considerar verdaderamente á San José en relaciones más íntimas que las de los ángeles, con el Verbo encarnado porque es su padre nutricio, es decir, que le sustenta, le enseña un oficio con que ganarse la vida, y con todo rigor teológico se puede decir que San José ayuda á todo un Dios á ser hombre, porque le protege hasta que ha llegado á la edad en que el hombre puede valerse á sí mismo.

Recuerda aquella doctrina enseñada por nuestro Señor Jesucristo: que Dios no deja sin recompensa ni un vaso de agua fría dado por su amor á los pobres, y comprenderás el cariño con que nuestro Señor Jesucristo debía corresponder á San José que le había prodigado tantas caricias y á quien debía tantos beneficios y obsequios. Si amor con amor se paga, hasta entre los hombres ingratos, ¿cómo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, no había de pagar con inefable ternura al glorioso Patriarca las sinceras muestras de afecto que de él había recibido?

De aquí puedes colegir, oh cristiano, la felicidad de la vida de San José. Fué vida humilde, modesta y laboriosa, el mundo no la estimaba en nada; pero el Dios humanado era su compañero, con él tenía suavísimas expansiones y el solo amor de Jesucristo vale más que el de todas las criaturas de la tierra; por esto dice la *Imitación* que, mientras tengas á Jesús por amigo, no debes temer, aunque todo el mundo te sea contrario. En efecto, procura tener buena conciencia, acostúmbrate á la vida retirada y doméstica y ten por cierto que tu felicidad será mayor que la de los poderosos del siglo,

pues Dios se comunica y traba amistad con aquellos que, habiéndose desligado de la esclavitud del mundo y obtenido la libertad de hijos de Dios, se guían por la fe que nos enseña que la tierra no es el lugar de nuestro descanso y que sólo del cielo, donde mana la fuente de la felicidad, pueden venir la paz y el gozo espiritual.

No parece sino que el santo Patriarca hasta el día de hoy está como rodeado de una atmósfera de felicidad humana; siempre se nos muestra serena y amorosa su virginal figura, y cuando se le acercan sus devotos pidiéndole su celestial protección, sienten un interior consuelo que revela una influencia divina y suaviza las amarguras de la vida en este valle de lágrimas. Imita, cristiano, al glorioso Patriarca, y en vez de buscar la publicidad, las pompas mundanas y la vanagloria, ama la vida modesta y adicta al cumplimiento del deber, y recibirás el premio de una vida feliz, propiedad exclusiva de los humildes, pues Dios les hace gustar anticipadamente la inefable felicidad de la gloria en recompensa de haber dejado por su amor los deleites sensuales.

Medita estas verdades y pide á Dios,

por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Haced, oh santo Patriarca, que conozca los inmensos beneficios que he recibido de mi Criador y Redentor, y que sepa corresponder á ellos con verdadera gratitud.

OBSEQUIO. Reza hoy tres *Credos* á la Santísima Trinidad en acción de gracias por los beneficios recibidos.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN

Muerte de San José

Dice un adagio que *cual es la vida, tal es la muerte*; y efectivamente fuera de algunos casos extraordinarios, cuyas causas no es dado al hombre escudriñar, siempre, y es muy natural que así suceda, la muerte de una persona corresponde á su vida. La muerte es un término y cada uno llega á aquél cuyo camino ha tomado; ó, como dice la Escritura, el árbol, al ser cortado, cae del lado hacia el cual

tiene la inclinación, ya sea á la parte del norte ya á la del mediodía. Quien sigue el camino de Dios, entrará por la puerta de Dios; quien sigue el camino del demonio, se hundirá en el abismo. Esta verdad de sentido común la vemos continuamente confirmada por la experiencia, y los casos contrarios en que después de una vida perversa viene una muerte santa, como sucedió al buen Ladrón, sirven más para demostrar la misericordia de Dios, que para alimentar una vana confianza que llevaría á la perdición.

Tal será pues, la muerte, cual haya sido la vida; y de aquí podrás colegir la muerte preciosísima de San José, objeto de las alabanzas de la Iglesia, de sus devotos y hasta de los artistas que muchas veces la han reproducido en cuadros admirables. El Evangelio nada dice de la muerte de San José, y es porque no necesitábamos sus explicaciones, pues basta tener entendimiento para comprender cuál había de ser el fin del fidelísimo Patriarca, del virginal Esposo de María, del amorosísimo Padre adoptivo de Jesucristo. Contéplalo, cristiano, como sale del mundo lleno de méritos, adornado de todo género de virtudes y amado de Dios

con amor filial. Ha cumplido su misión sobre la tierra, ha aprovechado el tiempo de la vida, y ahora se encuentra, según una comparación de la Sagrada Escritura, como el labrador que en la época de la siega vuelve alegre á su casa llevando al hombro las gavillas de trigo. ¡Oh cuán admirablemente cumplió su misión San José! Si el hijo es corona del padre ¿cuál será la corona de este justo que sale del mundo dejando á un Hijo que ha de ser el Salvador universal? ¿Cómo había de temer San José el juicio de Dios, sabiendo que su juez era el mismo á quien había criado en sus brazos y había alimentado con el sudor de su rostro? Debió, pues, salir del mundo con una tranquilidad cual jamás la haya tenido otro hombre, y el paso á la eternidad, de suyo tan temible y tenebroso, se presentó á los ojos de San José iluminado por el Sol de justicia, Cristo Jesús, que le hizo el tránsito sumamente dulce y consolador.

San José tuvo una muerte admirable aún en cuanto á las congojas que preceden á la muerte, á los dolores y sufrimientos del cuerpo que, á semejanza de un edificio que está á punto de derrumbarse, nota sensiblemente que se arruina

y empieza á sentir los efectos de la corrupción de la carne, en cumplimiento de la sentencia fulminada contra nuestros primeros padres y su descendencia en castigo del pecado. Mirale asistido por María y por Jesús. María es la enfermera, la que le cuida y asiste, la que prepara y le da las medicinas; Jesús es su consolador.

El gran Sacerdote de la humanidad, el que había de instituir un sacerdocio que entre sus más augustas funciones cuenta la de asistir espiritualmente á los enfermos y ayudar á bien morir con los consuelos de la divina palabra á los hombres que buscan á Dios ¿cómo no había de cumplir él mismo este oficio de caridad á la cabecera del lecho de su padre nutricio San José, empezando ya á iluminar su alma con los resplandores de la gloria que le tenía destinada? Y si la palabra de Dios, hasta cuando la proporciona un miserable pecador investido del carácter sacerdotal, es bálsamo que inmortaliza al hombre ¿qué efectos tendría esta palabra para consolar á San José moribundo saliendo directamente de la boca de Aquel que es espíritu, vida y resurrección del hombre?

¡Oh, Dios mío y Señor mío! por la muerte preciosísima de San José humildemente os pido feliz término de mi carrera; y vos, glorioso Patriarca, asistidme en aquella hora é interceded por mí.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Ayudadme, oh glorioso Patriarca, á imitar vuestras virtudes, para que logre la dicha de tener una muerte semejante á la vuestra.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* á S. José, abogado de la buena muerte.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXIII

Se empieza como en la página 6.

San José, aguardando con los santos del Antiguo Testamento la Redención de Jesucristo.

Contempla hoy, cristiano, una de las épocas más interesantes de la vida de San José, es decir, considéralo después que su bendita alma hubo salido de este mundo,

en compañía y sociedad con todos los justos de la antigua Ley, que estaban privados de la clara vista de Dios hasta que el divino Redentor les abriese con su muerte las puertas de la gloria.

Todo el tiempo que precedió á la venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo fué tiempo de esperanza para los justos; de ella vivían, y hasta esperaban después de su muerte detenidos en el seno de Abrahán. Por lo poco que nuestra flaca inteligencia puede comprender de esos inefables misterios, creemos que cierta melancolía ó sentimiento por verse privados de la posesión de Dios, debía entristecer las almas de los patriarcas, profetas y demás justos que tan vivos deseos, y algunos de ellos tan claro conocimiento, tenían del Mesías ó Redentor. Allí se encontraban Adán y Eva, padres de nuestro linaje, que, habiendo reconocido su culpa inmediatamente después de cometido el pecado, oyeron del Padre mismo de las misericordias la promesa de su redención, la seguridad de que un día uno de sus retoños dominaría y vencería al espíritu del mal. Allí se encontraba el profeta Isafas, que había hecho una pintura acabada del divino Redentor y Salvador de

¡Oh, Dios mío y Señor mío! por la muerte preciosísima de San José humildemente os pido feliz término de mi carrera; y vos, glorioso Patriarca, asistidme en aquella hora é interceded por mí.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Ayudadme, oh glorioso Patriarca, á imitar vuestras virtudes, para que logre la dicha de tener una muerte semejante á la vuestra.

OBSEQUIO. Reza un *Padre nuestro* á S. José, abogado de la buena muerte.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXIII

Se empieza como en la página 6.

San José, aguardando con los santos del Antiguo Testamento la Redención de Jesucristo.

Contempla hoy, cristiano, una de las épocas más interesantes de la vida de San José, es decir, considéralo después que su bendita alma hubo salido de este mundo,

en compañía y sociedad con todos los justos de la antigua Ley, que estaban privados de la clara vista de Dios hasta que el divino Redentor les abriese con su muerte las puertas de la gloria.

Todo el tiempo que precedió á la venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo fué tiempo de esperanza para los justos; de ella vivían, y hasta esperaban después de su muerte detenidos en el seno de Abrahán. Por lo poco que nuestra flaca inteligencia puede comprender de esos inefables misterios, creemos que cierta melancolía ó sentimiento por verse privados de la posesión de Dios, debía entristecer las almas de los patriarcas, profetas y demás justos que tan vivos deseos, y algunos de ellos tan claro conocimiento, tenían del Mesías ó Redentor. Allí se encontraban Adán y Eva, padres de nuestro linaje, que, habiendo reconocido su culpa inmediatamente después de cometido el pecado, oyeron del Padre mismo de las misericordias la promesa de su redención, la seguridad de que un día uno de sus retoños dominaría y vencería al espíritu del mal. Allí se encontraba el profeta Isafas, que había hecho una pintura acabada del divino Redentor y Salvador de

los hombres, y David, que aún tenía en los labios los cánticos amorosos con que al son de su arpa saludaba con espíritu profético al *Deseado de las naciones*. Es claro que el tema de las conversaciones de estos santísimos personajes era siempre Jesucristo á quien esperaban; pero cierta oscuridad, á manera de espesa niebla, les producía una melancólica incertidumbre, y la duda acerca del tiempo en que se cumplirían sus esperanzas contrariaba la viveza de su amor. ¿Quién les llevaría la buena nueva de que el Redentor había aparecido ya en el mundo?

Piadosamente podemos creer que fué San José quien llevó á aquellas santas almas que esperaban se les abriesen las puertas del cielo, la feliz noticia de que ya estaba en el mundo Aquel que debía abrirlas á todos los pueblos de la tierra. Considera, ahora, alma cristiana, cómo correría la noticia entre aquellos espíritus bienhadados, la curiosidad que se despertaría para saber nuevas acerca del Salvador, las preguntas que harían á San José, la veneración y afecto que demostrarían al santo Patriarca al saber que había sido el varón escogido por la divina Providencia para ser Esposo de la Madre

del Dios encarnado, y protector y padre legal de éste sobre la tierra; y de esta consideración sacarás la convicción íntima de que San José, como hemos dicho otras veces, tiene el don especial de comunicar gozo y alegría espiritual á sus devotos y de hacer participar á sus amigos influencias divinas, consoladoras y fortificantes.

Penetra todavía más adentro, alma cristiana, en aquel seno de Abrahán, en aquel estado singularísimo de las almas justas de todos los pueblos de la tierra que esperaban se les abriese el cielo para reposar y disfrutar de la felicidad que habfan merecido con sus virtudes y con su fidelidad al Supremo Legislador de toda humana criatura. ¿No ves ya en esto cierta glorificación de San José, una exaltación del santo Patriarca sobre todos los justos que aguardaban al Mesías? Todos ellos reconocían en él cierta superioridad: Adán y Eva, cabezas del humano linaje, veían en él al Padre adoptivo del que venía á satisfacer por el pecado que ellos cometieron; los profetas, que tan vivo conocimiento tuvieron del Mesías, saben que San José no sólo lo ha conocido y tocado, sino que lo ha mecido en sus brazos y le ha alimentado con su tra-

bajo; el enamorado David, que tantos cantares piadosos dirigió con espíritu profético al *más hermoso de los hijos de los hombres*, ve en San José á quien le besó mil veces, lo adormeció en la cuna, lo colmó de caricias, amándolo con afecto verdaderamente paternal.

Únete tú también á esos santos personajes para dar mil enhorabuenas al santo Patriarca; séle siempre devoto, no te apartes de su amable compañía, y de tu trato y comunicación con él sacarás la paz y tranquilidad del corazón y toda clase de bienes espirituales.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de San José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Glorioso Patriarca San José, alcanzadme viva esperanza de la felicidad de la gloria para que soporte dignamente las penas de esta vida.

OBSEQUIO. Si se te ofrece ocasión, ejercita la caridad consolando á los afligidos, y si no, reza tres *Padre nuestros* para que Dios les envíe el espíritu consolador.

Lo demás como en la página 10.

DIA XXIV

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Sentimientos de San José al ver en el seno de Abrahán á Jesucristo triunfante y glorioso.

Todos los santos que en el seno de Abrahán estaban aguardando la venida del Mesías que debía abrirles las puertas de la gloria, experimentaban la tristeza de la esperanza que tarda en realizarse; pero nosotros podemos suponer en San José un sentimiento especial, como especial era su situación respecto de los demás justos que en el Limbo aguardaban el santo advenimiento. Estos conocían al Mesías solamente por el espíritu profético, tenían de él un conocimiento imperfecto, pues únicamente habían columbrado como una sombra del Verbo humanado; mientras que san José lo había conocido y tratado familiarmente, lo había criado en sus brazos, había sido su amigo dulcísimo y el confidente á quien descubría sus secretos con la confianza con que un

hijo abre el corazón á su propio padre. Por tanto la separación de padre é Hijo, ocasionada por la muerte, hacía que la estancia en el seno de Abrahán fuese para san José sacrificio mayor que para los demás justos; por fuerza san José había de sentir en su alma, y de un modo singular, la inquieta desazón y el hondo vacío en que le dejaba la ausencia de Jesucristo. ¿Quién podía suplir en el corazón del santo Patriarca aquel afecto dulcísimo de Padre que sentía por el buen Jesús? Muchos eran los personajes célebres que en aquel lugar de espera hacían dignísima compañía á san José; pero ¿cuál de ellos podía compararse con el amabilísimo Hijo de María é Hijo eterno del Padre celestial? ¿Qué conversación podía suplir las que en la casita de Nazaret había trabado con la misma Sabiduría encarnada?

Y de la vehemencia del sentimiento del santo Patriarca, de las tristezas de la separación, del deseo vivísimo de volver á abrazar á Jesucristo, puedes deducir cuál sería su gozo y felicidad, cuando el Redentor del Mundo, triunfante y glorioso, bajó al limbo á visitar y libertar á los que aguardaban su santo adve-

nimiento. El real Profeta dice que á proporción de las agonías y dolores que se han pasado por el Señor son después los consuelos de que El inunda las almas.

Considera, pues, el gozo con que san José recibiría el cariñoso saludo de su divino Hijo triunfante y glorioso, el amor con que lo abrazaría, la devoción con que adoraría su divinidad entonces claramente manifestada, las enhorabuenas que le daría por haber triunfado de la muerte, y la gratitud que le manifestaría por haber abierto las puertas del cielo á todos los desterrados hijos de Eva. Puedes imaginar piadosamente, sin desviarte de la verdad, la noble curiosidad con que le preguntaría por su santísima esposa la Inmaculada Virgen María, que permanecía aún en el mundo continuando la peregrinación que ellos habían ya terminado, y averiguaría á quien la había dejado encomendada, y se enteraría también de los demás parientes y amigos que aún vivían en la tierra.

Los Evangelistas refieren que resucitaron también con nuestro Señor Jesucristo algunos difuntos, los cuales fueron vistos por varios habitantes de Jerusalén; y los escritores piadosos, con no pocos teólogos, creen que entre esas primicias

de la resurrección, que entre esos santos escogidos por Jesucristo para que le acompañasen en su triunfal resurrección, debió contarse el Patriarca san José. En efecto, si el buen Jesús pronunció aquella sentencia de que donde El estuviera, estaría su siervo, hemos de creer que en aquel estado de gloria quería que le acompañase san José, su siervo por excelencia, y superior á todos sus servidores del cielo y de la tierra. ¿A quién podía llevar con más gozo á su lado el benignísimo triunfador, que á su amante Padre adoptivo, al virginal esposo de su inmaculada Madre, al glorioso Patriarca san José? También creen muchos teólogos y escritores piadosos que los cuerpos de los difuntos resucitados con Jesucristo, siendo uno de ellos el Patriarca san José, fueron glorificados, disfrutando desde entonces de aquella trasformación de la carne que la vuelve incorruptible, inmortal, ungida con virtud divina y participante, por beneficio de la divina omnipotencia, de cualidades propias de la naturaleza espiritual. Dale, cristiano, las más cumplida enhorabuena á tu glorioso Protector por tan singular privilegio y beneficio, y pídele con gran humildad que te ayude á obtener la pure-

za de la carne, que es una de las principales prerrogativas de la dignidad cristiana.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Haced, oh santo Patriarca, que mi vida se conforme con la de Jesucristo, para que después participe de su gloria.

OBSEQUIO. Avivando la fe en la resurrección de la carne, reza devotamente un *Credo*.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXV

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Gloria de San José. ®

Todos los escritores piadosos convienen en que la gloria de san José en el cielo es de las más elevadas y esplendorosas; lo mismo parece enseñar la Iglesia, y la razón natural iluminada por la fe lo descubre con toda evidencia.

En efecto, la gloria eterna es el premio

que Dios da á los que le han servido con fidelidad en esta vida temporal, y en proporción del servicio es la recompensa de la gloria. Esta, á lo menos, parece ser la regla general y ordinaria; fuera de los casos en que Dios por sus inescrutables designios se complace en hacer ostentación de su infinita misericordia, subiendo instantáneamente á un pecador arrepentido desde el abismo del pecado á las soberanas alturas de la gloria. Pues bien, si es la regla general que conforme á los servicios prestados por el hombre sea la gloria con que Dios lo premia en el otro mundo, ¿qué trono tan encumbrado ocupará en la patria celestial el glorioso Patriarca, servidór fidelísimo en este mundo de un Dios Niño á quien sustentó con su trabajo, cuidó en su infancia y salvó la vida cuando el cruel Herodes quería degollarlo? Toda su vida consumió José en obsequio de Jesús y María; y, si este misericordioso Señor dice que premiará con gloria eterna al que por su amor diere un vaso de agua fresca al sediento, ¿con qué magnificencia habrá premiado á quien con el sudor de su frente lo mantuvo á El?

Además la sagrada Teología enseña

que la gloria que el hombre obtiene en el cielo, es proporcionada á los grados de caridad ó amor de Dios con que sale de la tierra. Y ésta es medida infalible: la gloria consiste en disfrutar del amor de Dios, y aquél disfruta más plenamente del amor que más enamorado está; quien no está enamorado, no puede disfrutar del amor. Considera, pues, ahora la gloria que san José disfruta en el reino de los cielos, atendido el amor que en este mundo profesó al Dios humanado, al preciosísimo Hijo de su virginal Esposa, el buen Jesús. Le profesaba afecto de padre según la opinión de todo el mundo, que, ignorando el inefable secreto de la Encarnación, consideraba á Jesús como hijo de José. Además de que el amor no consiste en palabras, ni es tampoco un afecto puramente sensible, sino que, derivándose del conocimiento de la excelencia del sujeto á quien se estima, se manifiesta en los servicios que se le prestan y en los sacrificios que por él se hacen. Si, como acabamos de decir, toda la vida de san José estuvo consagrada al servicio de Jesucristo, si hizo con él oficios de padre, podemos deducir que le profesó un amor sumo, y en consecuencia que ahora posee

en la gloria un trono elevadísimo. Los santos lo contemplan al lado de María; y parece natural que en el otro mundo esté cerca de Jesús y de María quien en éste les estuvo tan unido y jamás los desamparó hasta la hora de la muerte. Una gloria inferior en san José parece que empañaría el lustre de la bienaventuranza de María, pues la dignidad de esta Señora pide que su esposo tenga una gloria correspondiente á la que ella disfruta.

También puedes considerar la dignidad y grandeza que san José tiene en el cielo según las diversas prerrogativas que en él resplandecen, puesto que los teólogos enseñan que la gloria es diversa según las jerarquías ó condiciones de los bienaventurados. Así como en un jardín hay variedad de flores, así también en aquel divino jardín de los cielos hay distintas santidades, que son como matices de la infinita belleza. En los patriarcas, en los apóstoles, en los mártires, en las vírgenes y en los demás coros de bienaventurados resplandecen especiales hermosuras. Ahora bien; en san José se encuentra la dignidad de los patriarcas, porque está sobre todos ellos; el mérito de los mártires,

porque antes que ninguno padeció persecuciones por Jesucristo; el resplandor de las vírgenes, por la castidad sobrehumana que posea; la ciencia de los doctores, porque se la había comunicado la misma Sabiduría encarnada; por consiguiente, el resplandor de la gloria de nuestro santísimo Protector es como cifra y resumen de la de los otros santos.

Alaba á Dios, alma cristiana, que ha querido colocar tan alto en su reino á san José, y pídele que por los méritos é intercesión del glorioso Patriarca te admita también á tí en su venturoso reino.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. ¡Oh Santo Patriarca! si la gloria eterna del hombre está en proporción á los grados de amor que aquí se haya tenido á Dios, alcanzadme un amor sumo á nuestro Señor Jesucristo.

OBSEQUIO. Reza nueve *Gloria Patris* á la Santísima Trinidad en acción de gracias por la bienaventuranza que ha concedido á San José.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXVI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Porqué se ha extendido tanto en los tiempos modernos la devoción á San José.

Si bien debe reconocerse que la devoción á san José es antigua, también es indudable que nosotros mismos la hemos visto crecer de un modo maravilloso en los actuales tiempos. ¿De dónde proviene esto? De Dios; porque todos los movimientos espirituales de la santa Iglesia, que afectan á su cabeza y á sus miembros y que se efectúan con aprobación de la autoridad apostólica, provienen del Espíritu Santo, que es el principio sobrenatural que asiste á la iglesia cristiana y le conserva la vida de que disfruta. Por tanto, la mayor devoción que profesan ahora á san José los hijos de la Iglesia proviene de Dios, que con Providencia sapientísima envía los remedios según los males y da los auxilios divinos según las necesidades humanas.

El culto de san José es convenientísi-

mo al mundo moderno y está destinado á prestarle gran servicio en sus necesidades espirituales, no sólo por lo poderosa que es ante nuestro Señor Jesucristo la intercesión del glorioso Patriarca, ni sólo por la eficacia de su patrocinio, debida á que el divino Redentor quiere glorificarlo haciendo resplandecer ante los hombres el poder que goza delante de Dios, sino también porque las principales flaquezas que hoy siente el mundo, los principales tropiezos que los hombres encuentran en el camino de la vida, se nos presentan vencidos y dignamente dominados por el santo Patriarca, que, aunque vivió dos mil años atrás, es ejemplo perfectísimo para los fieles de nuestra época, los cuales pueden aprender en su escuela una norma fácil y suave de vida cristiana.

Considera en primer lugar en estos tiempos de revueltas, en que los hombres parecen haber perdido hasta la memoria del deber fundamental de la sumisión y obediencia á la autoridad, y en que, fascinados por el orgullo, rompen todo yugo y se resisten á reconocer sobre sí mismos ningún poder, considera, repito, al glorioso Patriarca san José dócil y obediente á las autoridades de la tierra,

cumpliendo sus órdenes, aunque le sean penosas, como lo vemos al emprender su viaje á Belén por obedecer el decreto del César, el cual ordenaba que cada uno de sus súbditos se inscribiese en el pueblo de su origen. Es que san José, con aquel espíritu de fe que le animaba, veía en las disposiciones de los príncipes de la tierra, aun cuando son molestas, la voluntad de Dios que tiene en su mano los corazones de los gobernantes y permite muchas veces que haya príncipes indignos para castigo de los pecados de los hombres.

Otra de las grandes calamidades de nuestra época es el odio y repugnancia con que la soberbia humana acepta la obligación del trabajo y la necesidad de soportar resignadamente las penas y cruces de la vida. El placer, las diversiones; he aquí las únicas aspiraciones de los hombres de nuestros días, creídos que no han venido al mundo sino para darse toda clase de gustos y satisfacciones. Pues bien, fijándonos en la vida del santo Patriarca, le vemos aplicado al trabajo, sujeto á toda suerte de dificultades, privado de todas las satisfacciones y delicias que tan ansiosamente desean y procuran los hombres

carнаles; y, no obstante, es feliz y está lleno del gozo interior que viene del Espíritu Santo, disfruta del solaz espiritual que, á modo de unción soberana, mantiene en el alma del justo la serenidad y la paz.

El tercero de los grandes males entre los hombres de ahora es la separación en que viven de la familia; dados enteramente al mundo, desprecian los puros goces de la vida doméstica, no parece sino que la casa se les ha de caer encima; y buscando fuera de ella entretenimientos y deleites, no sólo ponen en peligro su alma, sino que dejan desamparada la familia de que son cabezas, y cuyo gobierno y dirección les corresponde. ¡Qué diferente fué la conducta de san José! En toda la historia evangélica vemos siempre al glorioso Patriarca al lado de su santísima Esposa y del buen Jesús; él es quien preside en todos los pasos importantes, en todos los actos solemnes de la Sagrada Familia; por lo cual la Iglesia, divinamente inspirada, le glorifica aplicándole este texto de la Escritura: *Dios le constituyó dueño de su casa y príncipe de su heredad.*

Ruega, pues, oh cristiano, humilde-

mente al santo Patriarca que interceda por los hombres, á fin de que prevalezca entre ellos el espíritu de sumisión á la autoridad y el amor á la propia familia.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Haced, oh glorioso Patriarca, que á ejemplo vuestro sea exacto en el cumplimiento de mis deberes y sepa librame del espíritu mundano.

OBSEQUIO. Reza tres *Padrenuestros* á la Sagrada Familia.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXVII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

San José, abogado para obtener la paz y la concordia.

La Iglesia Católica, ó sea la congregación de los fieles cristianos, es la casa de Dios. Siendo nuestro Señor espíritu, habita en los corazones de los hombres mejor que en los templos materiales. Figúrate, cristiano, el gran templo de Dios

en el mundo como una imagen de la casa de la gloria; no está fabricado de piedras, pues las piedras de la casa de Dios en la tierra son los corazones de los hombres; la belleza de su arquitectura consiste en la unión y en el orden, y por consiguiente la paz entre los hombres de buena voluntad es la mayor hermosura de la cristiandad y la gran obra de Jesucristo en el mundo. Este orden, empero, y esta paz entre los hombres son difíciles de conservar, por cuanto los hombres ni pueden vivir los unos sin la compañía de los otros, ni saben estar juntos sin refir y maltratarse, no obstante que la discordia es la mayor ignominia de una casa.

Las condiciones para que reinen en la familia la paz y la concordia son dos: que haya una cabeza prudente y discreta, y que los demás la obedezcan. San José, proclamado Patrón universal de la Iglesia, viene á ser una especie de cabeza de familia de la cristiandad, en el orden de intercesión. Cuando el Romano Pontífice Pío IX, de santa memoria, le proclamó tal, no introdujo con ello ninguna novedad, puesto que el ilustre Patriarca se había ensayado gobernando no sólo la Humanidad, sino que en aquella humilde casita

de Nazaret, llena de misterios y grandezas, gobernaba y protegía á la Humanidad y á la Divinidad en la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué paz y unión reinaban en aquella casa! Los escritores piadosos comparan las tres personas que la habitaban, Jesús, María y José, á la Trinidad divina, en la cual las tres Personas son una misma cosa; y por esto la veneranda figura de nuestro santo Patriarca siempre ha exhalado y ahora también exhala, como todos sus devotos lo perciben, el olor suavísimo de la paz, de la unión y de la concordia.

La primera condición del que ejerce autoridad es el don de saber reconciliar los ánimos en tiempo de discordia; y la sagrada Liturgia pondera como un gran mérito en el Pontífice, que posea este noble don de reconciliar á los hombres entre sí. ¿Faltaría, pues, esta cualidad á san José, cabeza de la familia de Cristo, que es la misma familia de los cristianos? ¿No sabrá reconciliar los ánimos? Es indudable que sí; y de la verdadera propagación de su culto, de la imitación sincera de sus virtudes por parte de los fieles, podemos fundadamente esperar la reconciliación de los hombres, hoy desunidos y enemis-

tados los unos con los otros, la paz en las familias, la concordia entre los ciudadanos y la gloria de la Iglesia, hoy desmerecida ante los incrédulos por la desunión de sus hijos.

La experiencia demuestra la suavidad del culto y devoción á san José, todos sus devotos la experimentan, y no podemos esperar que esta devoción difundida por la Iglesia calme el ardor de las pasiones en el corazón de los cristianos?

Ruega, pues, fervorosamente al santo Patriarca para que se renueven aquellos tiempos en que los seguidores de Jesucristo no tenían más que un corazón y un alma.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Alcanzadnos, oh santo Patriarca, la gracia de que todos los cristianos no formemos más que una familia, obediente á una cabeza visible que es el Papa.

OBSEQUIO. Reza un *Credo* al Sagrado Corazón de Jesús para que restablezca en el corazón de los hombres el vínculo de la caridad.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXVIII

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

De cómo San José juntó el trabajo á la oración.

Dos son, oh cristiano, las alas con que debes volar al cielo: el trabajo y la oración. Estos dos ejercicios son como la santificación de la carne y del espíritu. La carne se mortifica con el trabajo, que así depone sus insolencias y rebeldías, quedando ordenada y dispuesta á servir al espíritu, que debe regirla y gobernarla según las leyes dictadas por Dios á la naturaleza humana. Nuestra alma se ilumina con la oración y, poniéndose en comunicación con Dios nuestro Señor, adquiere singular fortaleza, la fortaleza de la gracia, con la cual le es más fácil sostener el dominio que le corresponde sobre el cuerpo, sin que por otra parte se deje fascinar por las sugerencias de la soberbia, de la cual con tanta frecuencia es miserable juguete el alma del hombre que á veces llega á tenerse por una espe-

cie de semidiós. Pocas veces la voluntad de Dios se ha manifestado al hombre más clara y terminante que al imponerle el deber del trabajo y de la oración. *Ganarás el pan con el sudor de tu rostro*, dijo á Adán después del pecado; y en los tiempos de la ley de gracia el apóstol san Pablo dejó escrita esta sentencia: *Quien no trabaje, no coma*. En el Antiguo Testamento leemos esta frase relativa á la oración: *La oración del humilde traspasa las nubes* (Ecles. 35, 21), y el buen Jesús enseñó á sus discípulos que debían orar continuamente sin cansarse jamás.

Por lo mismo todos los santos se han distinguido en estas dos virtudes de amor al trabajo y á la oración. ¡Qué diferencia entre los santos y la gente mundana! Ésta pasa la vida en las diversiones y en la holganza y, en vez de la oración y del recogimiento, en vez de levantar su espíritu á Dios, se complace en la vanidad y en la soberbia. Pero entre todos los santos es digno de figurar como modelo, especialmente de los que viven en el estado secular, el glorioso Patriarca san José. Trabajó toda su vida, porque nunca fué rico, y siempre tuvo que ganarse el pan con el sudor de su frente; lo mismo

en Nazaret que en Egipto, durante su vida entera, se le ve dedicado al trabajo, ejercitando su oficio en la paz del Señor. Cuando el pueblo quería llamarle con algún nombre, que no fuese el propio, llamábale el carpintero; y así leemos en el sagrado Evangelio que cuando explicaban quién era Jesús, decían: *es el hijo del carpintero de Nazaret.*

Y la oración de san José ¿quién es capaz de ponderarla? Los mismos sagrados Evangelistas refieren que cada año subía á Jerusalén á pasar los días de la Pascua en el templo, cumpliendo exactamente los deberes de verdadero israelita; y aquellas instrucciones que recibió del cielo por medio de los ángeles que iluminaron su espíritu acerca de los grandes misterios de la Encarnación, prueban claramente que al glorioso Patriarca le eran familiares y frecuentes las elevaciones del entendimiento y del corazón hacia Dios, que son propiamente la sustancia de la oración.

A los que no lo han experimentado es difícil comprender cuánto se ayudan entre sí dos cosas tan diferentes como son el trabajo y la oración. La oración es como el reposo del trabajo, y el traba-

jo parece que despierta y mueve al espíritu para que después busque con más gusto aquel sueño místico de la oración, en que el hombre viador descansa y se robustece para las tribulaciones de la vida. He aquí por qué nuestra madre la Iglesia recomienda la devoción á san José como medio eficaz para restaurar la vida cristiana, y propone por modelo de los Obreros al ilustre Patriarca.

Todos los hombres debemos santificarnos. Pocos son los que han de servir á Dios con el ejercicio de virtudes heroicas; la mayor parte nos hemos de santificar con las virtudes humildes y comunes, con una vida ordenada y recta, tal como la vemos en san José, del cual no sabemos que hiciese ayunos extraordinarios, ni penitencias rigurosas, ni oraciones prolongadas; cumplía sus deberes, pagaba á Dios el tributo del culto y adoración que merece y pide, y después se dedicaba al trabajo para sustentarse á sí y á su familia, y de este modo ha merecido ser propuesto como ejemplar y patrono del pueblo cristiano.

Sigue tú sus ejemplos, camina por la vía fácil del cumplimiento de los deberes ordinarios y comunes de tu estado, y en-

contrarás al término de tu viaje el puerto de eterna salvación.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Alcanzadme, oh Santo Patriarca, que á ejemplo vuestro jamás deje la oración y el trabajo, para que así logre santificarme.

OBSEQUIO. Reza tres *Padrenuestros*, para que reviva el espíritu de piedad en la clase obrera.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXIX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Pureza de San José.

La pureza es la más hermosa de las virtudes humanas, es como el aroma de la santidad; la persona que carece de ella es repulsiva, aun cuando la adornen otras cualidades excelentes. La gente honrada huye del escandaloso, el padre de familia evita á sus hijos la compañía de los des-

honestos, y no hay persona sensata que no aparte los ojos de todo espectáculo impuro como si fuese una inmundicia. Y sin embargo, la lascivia es el más negro baldón y como el cáncer roedor de nuestro linaje, que le lleva á la corrupción y á la muerte.

Por eso el Hijo de Dios, al venir al mundo vistiéndose de nuestra naturaleza y haciéndose hombre, quiso darnos lecciones prácticas de cuánto aborrece esta miseria humana, Él, que por amor al hombre se sujetó á todas nuestras debilidades, menos al pecado. La virginidad resplandece en nuestro Señor Jesucristo y en cuantos rodean su sagrada persona. Nace de la Inmaculada Virgen María, elige por padre legal al castísimo Patriarca san José, su discípulo privilegiado es el purísimo apóstol San Juan, y en el curso de los siglos almas puras han sido las que Jesucristo ha distinguido particularmente y á quienes ha confiado los secretos de su amor. Considera, pues, cristiano, cuánto debió resplandecer la virtud de la pureza en el glorioso Patriarca san José, y por varias razones te convencerás de que llegó á un grado sumo y perfectísimo. La Teología enseña que María, sin

contrarás al término de tu viaje el puerto de eterna salvación.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Alcanzadme, oh Santo Patriarca, que á ejemplo vuestro jamás deje la oración y el trabajo, para que así logre santificarme.

OBSEQUIO. Reza tres *Padrenuestros*, para que reviva el espíritu de piedad en la clase obrera.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXIX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

Pureza de San José.

La pureza es la más hermosa de las virtudes humanas, es como el aroma de la santidad; la persona que carece de ella es repulsiva, aun cuando la adornen otras cualidades excelentes. La gente honrada huye del escandaloso, el padre de familia evita á sus hijos la compañía de los des-

honestos, y no hay persona sensata que no aparte los ojos de todo espectáculo impuro como si fuese una inmundicia. Y sin embargo, la lascivia es el más negro baldón y como el cáncer roedor de nuestro linaje, que le lleva á la corrupción y á la muerte.

Por eso el Hijo de Dios, al venir al mundo vistiéndose de nuestra naturaleza y haciéndose hombre, quiso darnos lecciones prácticas de cuánto aborrece esta miseria humana, Él, que por amor al hombre se sujetó á todas nuestras debilidades, menos al pecado. La virginidad resplandece en nuestro Señor Jesucristo y en cuantos rodean su sagrada persona. Nace de la Inmaculada Virgen María, elige por padre legal al castísimo Patriarca san José, su discípulo privilegiado es el purísimo apóstol San Juan, y en el curso de los siglos almas puras han sido las que Jesucristo ha distinguido particularmente y á quienes ha confiado los secretos de su amor. Considera, pues, cristiano, cuánto debió resplandecer la virtud de la pureza en el glorioso Patriarca san José, y por varias razones te convencerás de que llegó á un grado sumo y perfectísimo. La Teología enseña que María, sin

dejar de ser simple criatura, fué infinitamente pura, hasta el punto de que en aquella admirable Mujer, destinada desde la eternidad para concebir al Verbo divino, es imposible que ni los mismos ojos del Altísimo lleguen á descubrir sombra alguna de pecado ni el menor indicio de corrupción. El matrimonio de José y María es un matrimonio ejemplar, ó sea perfectísimo, puesera natural que la Sabiduría eterna no quisiese nacer de un matrimonio deforme; hemos de ver, por tanto, en estos santísimos esposos las condiciones y circunstancias propias del verdadero matrimonio. Una de las circunstancias más propias de un matrimonio, según la experiencia de todos los siglos, es que las condiciones de los dos esposos sean semejantes, y mejor todavía si son iguales. La misma sagrada Escritura nos refiere que cuando Dios quiso dar esposa á Adán, dijo: «hagámosle una compañera semejante á él», y crió á nuestra madre Eva. Por consiguiente, siendo María la más pura de las criaturas, lógicamente hemos de concluir, que el varón que le destinó la Providencia para esposo debe poseer la virtud de la pureza en grado eminente y tal que haya eclipsado

á la de todos los demás hombres por santos que hayan sido. Los cristianos fervorosos no se resignan á ver al lado de María y protegiendo á Jesús, sino á un justo que supere en pureza á los ángeles de las más sublimes jerarquías; y por lo mismo, siempre le saludan con el título de virginal esposo de María. En aquellos gloriosos Desposorios los santos han visto una consagración del voto de virginidad que ambos esposos habían hecho, porque, siendo nuestra Señora la criatura más pura y hermosa que ha salido de las manos de Altísimo, la Sabiduría infinita no podía confiarla sino á quien tuviera el santísimo propósito de guardar perfecta castidad; así como el estuche destinado á guardar una preciosa joya ha de ser también elegante y rico.

La virginidad de san José, en cuanto al mérito, es sin duda superior á la de los ángeles, porque estos bienaventurados espíritus son puros por naturaleza, no experimentan la flaqueza de la carne, han gustado experimentalmente las delicias inefables del amor de Dios; y por tanto no puede seducirlos el amor de las criaturas ni los corruptores deleites de los sentidos. Por esto decimos, que la pu-

reza de san José es superior á la de los ángeles, porque en el santo Patriarca esta virtud, de suyo siempre bella, reúne el resplandor de la victoria.

¡Oh noble virtud de la pureza! ¡cómo debe desearte todo corazón sinceramente cristiano! La Sabiduría eterna encarnada en el Hijo de María, quiso nacer en el portal de Belén teniendo por compañeros y como introductores suyos en el mundo á los dos virginales esposos; y quiso morir en la cruz, como ya lo observó san Jerónimo, asistido por una virgen, su Madre Santísima, y por un discípulo virgen, el predilecto apóstol san Juan. Ama tú también y desea, oh devoto de san José, el delicioso aroma del místico lirio de la castidad y pureza. El santo Patriarca te ayudará á obtenerla, y con sus ejemplos y protección lograrás adquirir esta virtud, sin la cual es imposible la felicidad ni en éste ni en el otro mundo.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. ¡Oh virginal Patriarcal por vuestra pureza, alcanzadnos perpetua castidad de alma y cuerpo.

OBSEQUIO. Trabaja en mantener hoy, en honor de san José, muy recogidos tus sentidos.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXX

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

El patrocinio de San José.

Aunque de las meditaciones precedentes hemos podido deducir el valimiento de que goza en el cielo el santo Patriarca, conviene que nos fijemos hoy más detenidamente en la eficacia de su patrocinio, así como la Iglesia, después de celebrar una fiesta especial en su honor y de tributarle diversos cultos durante el año, dedica un día á celebrar este mismo patrocinio.

Y esta práctica de la Iglesia es ya suficiente para que conozcas el valor del patrocinio de san José, porque, aunque ella honra á todos los santos y celebra fiestas más solemnes en honor de aquellos que más se distinguieron entre los amigos

de Dios, sin embargo, en cuanto al patrocinio, no celebra sino el de la Santísima Virgen y del glorioso Patriarca san José. De esta distinción que hace con los dos virginales esposos sobre todos los demás santos puedes deducir que poseen una excelencia y una autoridad superiores á todos ellos, lo cual por otra parte se te hará evidente si atiendes á la siguiente consideración.

El centro del cielo y de la tierra es uno mismo, á saber: el Hijo de Dios. De El como de su foco dimana la luz de la gloria que transforma á los bienaventurados en una especie de dioses; Él es el alimento de aquella inefable felicidad, y en aquel mar inmenso de la eterna Sabiduría viven como anegados los que en este mundo fueron más íntimos en su amistad, y más unidos estuvieron con la sagrada Persona de Jesús. Cierto es que el cielo y la tierra son muy diferentes, pero también lo es que entre ambos hay muy estrecha relación, siendo este mundo como sombra del otro, de suerte que cual fuere en esta vida la posición y relación de cada uno respecto de Jesucristo, tal será también en la otra. El que está más cerca de Jesucristo en el mundo participa

más de su virtud; somos los sarmientos y él es la cepa, somos las ramas y él es el tronco; y la rama y el sarmiento más estrechamente unidos al tronco, más de lleno participan de la vida de éste, porque reciben la savia con mayor abundancia; y el que en este mundo más participa de la virtud de Jesús, en el otro tendrá más parte en su poder, porque precisamente Jesucristo es el brazo del Padre; por él se hacen y gobiernan todas las cosas.

¿Y quién, fuera de la Virgen María, está más unido á la sagrada persona del Hijo de Dios hecho Hombre, que su padre legal, el glorioso Patriarca san José? Si Jesucristo es brazo del Omnipotente que hace y deshace todas las cosas ¿quién podrá detener el rigor de su justicia cuando lo merezcamos por nuestros pecados ó inclinarle á que abra en favor nuestro la mano de su misericordia, mejor que este glorioso Patriarca que le hizo crecer con el pan que le ganaba con sus sudores? Por esto sin duda el pueblo cristiano en nuestros días lleno de tribulaciones, errores, sectas, pasiones desenfrenadas y odios envenenados, ha buscado un refugio bajo el manto de nuestro Padre san José, y no hay mal ni tristeza cuya cura-

ción no espere obtener de su valioso patrocinio; y el Pontífice Pío IX, de santa memoria, en tiempos amarguísimos para él y para toda la grey cristiana, oyendo las súplicas de los fieles de todo el mundo lo proclamó Patrón de la Iglesia universal, y León XIII al ordenar la invocación de María por medio del santísimo Rosario, mandó que se le añadiese la invocación del virginal esposo de esta Madre de misericordia. ¿Qué otro argumento quieres, oh cristiano, para demostrarte la eficacia del patrocinio de san José, cuando la Iglesia, maestra de todos los hombres, tan claramente te la enseña? Sigue, pues, el ejemplo de los santos que tan devotos le fueron, imita á aquella gloriosa virgen, Santa Teresa de Jesús, que nos asegura que jamás se vió desairada en sus súplicas, y así como ella quería que se pusiese la imagen del santo Patriarca en la pared exterior de los conventos que fundaba (1), así también honra tu casa teniendo en ella la imagen de quien es tan poderoso en el reino del cielo y tan amigo de favorecer á sus devotos, y ten por cierto que te ayudará á sobrellevar

(1) Carta XXII, Edic. de D. V. Lafuente.

los trabajos de la vida y á llegar al puerto feliz de la eternidad.

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN.—Oh santo Patriarca, antes me olvidaré de mí mismo que de acudir á pedir os vuestro auxilio en todas las tribulaciones de la vida.

OBSEQUIO.—Procura tener en tu casa una imagen ó estatua de san José y, si ya lo posees, obséquiala con fervoroso culto.

Lo demás como en la página 10.

DÍA XXXI

Se empieza como en la página 6.

MEDITACIÓN.

*Jesús, José y María,
Os doy el corazón y el alma mía.*

El fin de toda la vida cristiana, el objeto de la piedad y de la perfección espiritual se puede reducir á una sola cosa: á que el alma del hombre se una con su Dios y Señor. Quien tiene á Dios, posee

todos los bienes; quien esté separado de Dios, aunque posea todo lo que los hombres llaman bienes, será infeliz y desdichado. Por tanto, el término y la corona de este mes ha de ser para ti, devoto de san José, una unión más íntima con Dios nuestro Señor, la entrega de ti mismo, la ofrenda de tu corazón á Aquel que te crió y redimió.

A alguno tal vez le parezca demasiado duro é inhumano deshacerse del corazón, pues, teniendo nosotros afectos nobles y rectos, bien podemos conservarlos sin que esto sea contrario al amor de Dios; á lo cual responderé que es cierto que la perfección cristiana no consiste en arrancar esos buenos afectos, pero sí en elevarlos y ennoblecerlos. Tú, hijo de Adán, te has de convertir en hijo de Cristo, y los afectos naturales los has de hacer sobrenaturales, y tú mismo te has de hacer, en virtud de la fe y de la gracia, individuo de aquella sagrada Familia de la cual era jefe nuestro amable protector, el glorioso Patriarca san José. La santa madre Iglesia en estos tiempos de perdición para tantas almas, procura extender la cofradía de la Sagrada Familia, y es porque, con el olor que exhala la santa casa de

José, quiere atraer á todos los cristianos á que vivan espiritualmente bajo la dirección y defensa de la florida vara del gran Patriarca. En efecto, sólo buscando refugio en aquella humilde casita de donde salió el remedio del mundo, sólo haciendo entrega de tu corazón á Jesús, María y José, encontrarás la tranquilidad de conciencia, la paz de la vida y la seguridad de la gloria. Una santa compañía santifica; vivir presenciando buenos ejemplos, participar de conversaciones edificantes, percibir el aroma de las virtudes de aquellos con quienes se vive, son medios eficacísimos para que nuestra conciencia se conserve pura y nuestra voluntad no se torne al mal, al cual por desgracia somos tan inclinados á consecuencia del pecado de Adán. Pues bien, ¿dónde quieres percibir mejor el aroma de la santidad que en la casa de Nazaret, presidida por nuestro humilde Patriarca? Júntate, cristiano, á tan sagrada compañía, y entre santos tú también serás santo, y entonces alcanzarás la paz de la vida. Ya desde la antigüedad los hombres se afanan en buscarla y nunca la pueden hallar yendo en pos de la sabiduría mundana, pero dan infaliblemente con ella desde el

momento en que, haciéndose humildes de veras, se unen á la sagrada Familia, viven según las leyes que gobernaban la casita de Nazaret y conforman sus sentimientos con los de Jesús, María y José. ¡Oh qué paz tan divina la de la santa casa de Nazaret! Oh amor incomparable el que unía á los santos personajes de aquella familia que es como sombra y figura de la Santísima Trinidad en la tierra! Quien por la fe y la virtud participe de este amor, tiene asegurada la paz hasta en medio de las tribulaciones de este destierro y después la corona de la gloria.

No te apartes jamás, oh cristiano, de Jesús, María y José; haz el camino de la vida en tan agradable y santa compañía. Ellos solos valen más que todo el mundo falaz y corruptor; espera de ellos todos los bienes y no temas mal alguno; busca en ellos consuelo y fortaleza seguro de alcanzar lo que desees; pero tú has de serles fiel, tu devoción no ha de ser sólo de boca, sino principalmente de corazón; si quieres ser amado, ama, cumple con exactitud tus deberes, ofrece al Altísimo el sacrificio de tus plegarias, conságrale tu vida, entrégale el corazón; y considerando que en la casita de Nazaret habi-

taba la plenitud de la Divinidad, di á menudo en vida y repite devotamente en la hora de la muerte esta jaculatoria: *Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.*

Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.

PETICIÓN. Admitidme, oh glorioso Patriarca, en vuestra casa, hacedme miembro de vuestra sagrada Familia.

OBSEQUIO. Procura inscribirte en la cofradía de la Sagrada Familia y cumplir bien los deberes de piedad que ella impone.

Lo demás como en la página 10.

CONCLUSIÓN Y ADVERTENCIA

La devoción á San José no ha de limitarse al mes de Marzo, ni ser exclusiva de una temporada. Así como el patrocinio del Santo se extiende á todas las necesidades humanas, de igual modo sus devotos deben tributarle fervoroso culto todos los días de su vida. Es esta una devoción clásica; y la piedad cristiana, si bien no deja día alguno de invocar el nombre del castísimo Esposo de María, tiene sin embargo determinados días en los cuales da mayor expansión á sus devotos sentimientos. Además de la fiesta principal del santo Patriarca y de los días destinados á celebrar su celestial Patronio y sus sagrados Desposorios, el 19 de cada mes y el miércoles de cada semana suelen dedicarse á fomentar la piedad para con el glorioso Patriarca. Estos son

días en los cuales sus devotos obtienen gracias especiales; y el buen sentido de la gente piadosa y hasta la dedicación que la Iglesia ha hecho de los referidos días á San José, corroboran la general creencia de que en ellos el santo Patriarca favorece de modo particular á sus devotos, correspondiendo benignamente á los que tales días consagran á su honor y culto.

También la experiencia ha demostrado la eficacia que para lograr el patrocinio del glorioso Patriarca tiene la práctica de los *Siete Domingos* dedicados á San José, comulgando á honra suya en cada uno de ellos. En todos estos casos, amable lector, puedes servirte de este librito. La base del culto popular á San José, es el rezo de la coronilla de los *siete dolores y gozos*; y, si tu devoción no queda satisfecha con esto, escoge las meditaciones del *Mes* que más hayan movido tu corazón, y entonces á la Comunión añadirás la meditación que nutre la mente con ideas santas y te dará un conocimiento más claro de la excelencia de tu Protector.

Lo mismo podrías practicar si quisieses hacer un septenario, como se acostum-

bra en algunas iglesias; de modo que este librito te proporcionará las prácticas suficientes no sólo para dedicar un mes á San José, sino para alimentar tu espíritu durante el año entero en tan útil devoción.

Mas, para concluir, te diré que la devoción á San José, á la Virgen María y al Sagrado Corazón de Jesús son como los elementos de un culto que comprende á los tres, destinado á hacer gran bien á la cristiandad, y que al parecer se va levantando ya majestuoso en el cielo de la Iglesia como sol espléndido que ha de calentar á la humanidad yerta del frío de la indiferencia, es decir, el culto de la Sagrada Familia, tan recomendado y hasta cantado en bellísimos versos por el Pontífice León XIII, que en medio de sus fatigas apostólicas para restaurar el espíritu cristiano parecía reposar en la esperanza de que la devoción al modesto y humilde hogar de Nazaret, divinizado por la influencia del Hijo de Dios Encarnado, ha de ser el restaurador de la familia cristiana, principio natural y necesario de la reforma de todo el mundo. Por esto en este pequeño *Mes*, al mostrar las virtudes y excelencias de San

José, hemos procurado relacionarlas siempre con la Sagrada Familia, de la cual es jefe el santo Patriarca, y cuyo culto puede decirse que reúne el de aquella admirable y perfumada casa de Nazaret que él presidió por decreto inefable de la divina Providencia.

APÉNDICE

PIADOSO EJERCICIO

PARA LOS SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ. (I)

1.º Se reza el acto de contrición como en la página 6.

2.º Se lee la meditación correspondiente. El primer domingo la VII; el segundo domingo la X; el tercero la XI; el cuarto la XII; el quinto la XIV; el sexto la XV; y el séptimo la XVIII.

Después se rezan las siguientes preces que son indispensables para ganar las indulgencias:

(1) Hemos creído que sería de utilidad añadir este devocionario y algunos datos referentes al Escapulario de San José.—(El Traductor).

I

¡Oh purísimo esposo de María Santísima, glorioso San José! así como fué grande el trabajo y la angustia de vuestro corazón en la perplejidad de si habíais de abandonar á vuestra purísima Esposa, así fué inexplicable vuestro gozo cuando el Angel os reveló el soberano Misterio de la Encarnación.

Por este vuestro dolor y gozo, os rogamos que consoléis á nuestra alma ahora y en los últimos dolores con el testimonio de una buena conciencia y con una muerte semejante á la vuestra, en medio de Jesús y María. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

II

¡Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuisteis elevado á la dignidad de Padre putativo del Verbo humanado! el dolor que sentisteis al ver al Niño Jesús nacer en tanta pobreza, se trocó luego en alegría celestial cuando merecisteis oír los suaves cánticos de los ángeles y

ver la gloria de aquella tan resplandeciente noche.

Por este vuestro dolor y gozo os suplicamos nos alcancéis que, después del camino de esta vida, pasemos á oír las alabanzas de los Angeles y á gozar de los resplandores de la gloria celestial.

Padre nuestro, etc.

III

¡Oh guardador obedientísimo de las leyes divinas, glorioso San José! la sangre preciosísima que derramó el Niño Redentor en la Circuncisión, os traspasó el corazón de pena, pero el nombre de Jesús lo reanimó, llenándolo de inmensa alegría.

Por este vuestro dolor y gozo, alcanzados que, extirpado de nosotros todo vicio en vida, expiremos gozosos con el Santísimo Nombre de Jesús en el corazón y en la boca. *Padre nuestro, etc.*

IV

¡Oh fidelísimo copartícipe de los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José! si os dolisteis grandemente al saber

por la profecía de Simeón lo que habían de padecer Jesús y María, también os colmó de un dichoso gozo la predicción de que de allí se seguiría la salud y resurrección de innumerables almas.

Por este vuestro dolor y gozo, alcanzados que seamos del número de aquellos que por los méritos de Jesús y por la intercesión de María han de resucitar gloriosamente. *Padre nuestro, etc.*

V

¡Oh vigilantísimo y familiar Custodio del Hijo de Dios humanado, glorioso San José! cuánto padecisteis para sustentar y servir al Hijo del Altísimo, particularmente cuando tuvisteis que huir á Egipto! pero ¡cuánto también gozasteis teniendo siempre en vuestra compañía al mismo Dios y viendo caer en tierra los ídolos egipcios!

Por este vuestro dolor y gozo, os rogamos que alejéis de nosotros al tirano infernal, especialmente con la huida de las ocasiones peligrosas, y que derribéis de nuestro corazón todo ídolo de afecto terreno, y así, ocupados en servir á Jesús

y á María, para ellos solamente vivamos y muramos felizmente. *Padre nuestro*, etc.

VI

¡Oh Angel en carne, glorioso San José, que merecisteis ver al Rey del Cielo sujeto á vuestras órdenes! Si vuestro consuelo al volver de Egipto fué turbado por el temor de Arquelao, en cambio con las seguridades que os dió el Angel, habitasteis alegre en Nazaret con Jesús y María.

Por este vuestro dolor y gozo, alcanzados que, libre nuestro corazón de temores nocivos, gocemos de la paz de la conciencia y en compañía de Jesús y María vivamos seguros y muramos entre sus brazos y los vuestros. *Padre nuestro*, etcétera.

VII

¡Oh ejemplar de toda santidad, glorioso San José! que, habiendo perdido sin culpa al Niño Jesús, con gravísimo dolor le buscasteis por espacio de tres días, hasta que con sumo júbilo gozasteis del que era vuestra Vida, hallándole en el templo entre los Doctores.

Por este vuestro dolor y gozo, os suplicamos encarecidamente que jamás perdamos á Jesús por alguna culpa grave, y que, si por suma desgracia le perdiésemos, le busquemos sin descanso hasta hallarle aplacado particularmente en la hora de la muerte, á fin de que logremos gozarle en el cielo y cantar allí con Vos eternamente sus divinas misericordias. *Padre nuestro*, etc.

ANTÍFONA. Jesús ya casi contaba treinta años, y aún era tenido por hijo de José.

℣. Rogad por nosotros, bienaventurado José.

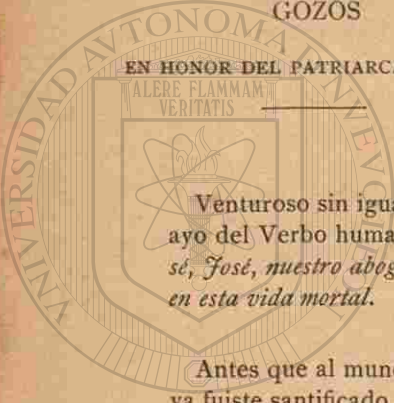
℞. Para que seamos dignos de las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

Oh, Dios, que por una providencia inefable os dignasteis elegir al bienaventurado San José para Esposo de vuestra Santísima Madre, haced que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que veneramos por protector en la tierra. Vos que vivís y reináis en unión del Padre y del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

GOZOS

EN HONOR DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.



Venturoso sin igual
ayo del Verbo humanado,
*se, José, nuestro abogado
en esta vida mortal.*

Antes que al mundo nacido
ya fuiste santificado,
de virtudes adornado
y de gracia enriquecido;
naciste de esclarecido
linaje y sangre real.

Por tu angélico candor
alcanzaste suerte rara,
pues floreciendo tu vara
logras la más linda flor.
Tuya es la esposa mejor
que crió Dios inmortal.

Si tu esposa fué tan pura,
tú eres varón sin segundo;
después de María, el mundo
no vió más bella criatura;
¡qué rara fué tu ventura,
entre tantos siendo tall!

A Jesús, tierno Cordero,
recién nacido monarca,
adoras, feliz Patriarca,
de los hombres el primero.
¡Que dicha! Dios verdadero
te honra con amor filial.

Dios y tú con fino ardor
dais el uno al otro vida:
tú le ganas la comida
y él te llena de su amor;
así truecas el sudor
en un descanso eternal.

A la fuerza del amor
rindes el alma en buen hora;
del empíreo la Señora
la presenta al Redentor;
al limbo vas, precursor
de la dicha más cabal.

Siendo inmensa tu valía,
en el trance de la muerte
logre yo, José, tenerte
á mi lecho en la agonía;
y con tu esposa María
ir al reino celestial.

Si cede el Omnipotente
á los ruegos de su Madre,
¿á los tuyos, dulce Padre,
será menos indulgente?
En tí puso Dios elemento
patrocinio universal.

INDULGENCIAS

A los que recen las preces anteriores, que hemos traducido literalmente del texto latino, están concedidas las siguientes indulgencias:

El Sumo Pontífice Pío VII, con Rescripto de 9 de Diciembre de 1819, concede á todos los fieles que á lo menos con corazón contrito recen la sobredicha oración:

1.º 100 días, una vez al día; 2.º 300 días en todos los miércoles del año, y en cada día de las dos Novenas que preceden así á la fiesta principal de San José (19 Marzo), como á la de su Patrocinio (tercera Dominica después de Pascua); 3.º *Indulgencia plenaria* en las dos festividades sobredichas á todos los que verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados, recen las predichas oraciones; 4.º *Indulgencia plenaria* una vez al mes á los que las hayan rezado diariamente por espacio de un mes, en el día en que verdaderamente arrepentidos se confiesen y comulguen.

El Sumo Pontífice Gregorio XVI, con Rescripto de la S. C. de Indulgencias, 22

de Enero de 1836, concede á todos los fieles que á lo menos con corazón contrito recen devotamente las predichas oraciones por siete Domingos consecutivos que cada uno elija entre año: *300 días* en cada uno de los siete primeros Domingos; *indulgencia plenaria* el séptimo Domingo, si verdaderamente arrepentidos se confiesan y comulgan.

La Santidad de Pio IX, con Rescripto de la S. C. de Indulgencias, 1.º de Febrero de 1847, confirmando las sobredichas concesiones, añadió:

Indulgencia plenaria en cada uno de los siete Domingos mencionados, con tal que los fieles, previo el rezo de las oraciones sobredichas, visiten verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados alguna iglesia ú oratorio público y rueguen allí por algún tiempo á intención de S. S.

El mismo Sumo Pontífice, con Decreto de la S. C. de Indulgencias, 22 de Marzo de 1847, extendió la Indulgencia Plenaria, para cada uno de los siete Domingos entre año, á favor de los que no saben leer y residen en lugares en donde no se practican públicamente, con tal que cada Domingo, cumpliendo los demás requisitos, recen en lugar de las oraciones siete veces el *Padre nuestro*, *Ave-Maria* y *Gloria*.

EL ESCAPULARIO DE SAN JOSE

Con fecha 18 de Abril de 1893 Su Santidad León XIII concedió al Reverendísimo P. General de los Capuchinos que pudiese imponer á los fieles de ambos sexos el escapulario de San José con privilegio de poder delegar dicha facultad á sacerdotes seculares y regulares. En obsequio á los devotos del Santo Patriarca damos aquí sucinta idea de esta nueva devoción.

SU FORMA. Es parecida á la de los demás escapularios. Constituyenlo dos pedacitos de tela amarilla: sobre uno de ellos está grabada la imagen del Santo, llevando en el brazo derecho al divino Niño y sosteniendo con la mano izquierda el blanco lirio, suavemente apoyado en el brazo. Al pie de esta imagen se lee: *San José, Protector de la Iglesia Universal, ruega por nosotros*. En el otro pedacito de tela amarilla hállanse grabadas las armas

pontificias con esta inscripción: *El espíritu del Señor es su guía*. Ambos pedacitos de tela amarilla descansan, cosidos y sobrepuestos, en otros dos mayores de tela morada, unidos estos últimos entre sí con dos cordoncitos ó cintas blancas.

SÍMBOLOS Y FINES DEL ESCAPULARIO.

El color amarillo figura la justicia y santidad de San José; el morado, su modestia y humildad; el blanco, su pureza. Los fines son: 1.º, invocar á San José en favor de la Iglesia; 2.º, alcanzar del Santo el espíritu interior, odio al pecado y las gracias necesarias para cumplir debidamente las obligaciones del propio estado; 3.º, obtener su patrocinio para la hora de la muerte.

INDULGENCIAS. Recibiendo los Santos Sacramentos de Confesión y Comunión y visitando alguna iglesia ú oratorio público, pueden los fieles ganar una *indulgencia plenaria* en cada uno de los días siguientes:

Día de la imposición, Natividad, Circuncisión, Epifanía, Resurrección y Ascensión del Señor á los cielos; Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción de la Virgen Santísima; fiesta de San José (19 de Marzo) y su Patrocinio

(Dominica 3.ª después de Pascua); por fin, en la hora de la muerte, invocando de boca, y, si no se pudiese, de corazón, el dulcísimo Nombre de Jesús.

Además la S. C. de Indulgencias, á los que visitaren, á lo menos con corazón contrito, alguna iglesia ú oratorio público y allí rogaren por las intenciones de Su Santidad, concedió las *Indulgencias de las Estaciones de Roma* en los días en que, según el Misal Romano, hay Estación.

Item, *100 días* de indulgencia, una vez al día, á todos los que recen un *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria*, añadiendo la jaculatoria: *San José, ruega por nosotros*.

Todas las predichas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.

CONDICIONES. 1.ª Tener impuesto el Escapulario por quien esté debidamente facultado. 2.ª Que el Escapulario esté bendecido según la fórmula prescrita; pero, una vez bendecido é impuesto, no es necesario bendecir los otros. 3.ª Llevarlo día y noche en la forma mandada para los demás escapularios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

INDICE

	Página
Al lector.	1
Día primero.—Acto de contrición.	6
Meditación.—Predestinación de San José.	7
Preces para obtener la protección de San José.	10
Día II.—Utilidad de la devoción a San José.	14
Día III.—La vida de San José es el tipo de la vida humana.	18
Día IV.—San José, modelo de obreros.	21
Día V.—San José ennoblecendo al obrero.	25
Día VI.—Desposorios de San José con la Virgen María.	28
Día VII.—Temores de San José.	32
Día VIII.—Del viaje a Belén.	36
Día IX.—San José en Belén.	39
Día X.—San José en el santo Nacimiento de Jesús.	43
Día XI.—Sentimientos de San José en la Circuncisión de Jesucristo.	47
Día XII.—La Presentación del Hijo de Dios en el Templo.	50
Día XIII.—Aviso del ángel a San José.	54
Día XIV.—Huida y permanencia en Egipto.	58
Día XV.—La Sagrada Familia vuelve del destierro.	62
Día XVI.—Jesús aprendiz.	65
Día XVII.—Subida al Templo.	69
Día XVIII.—El Niño perdido.	73
Día XIX.—De cómo José y María encontraron a Jesús en el Templo.	77
Día XX.—San José durante la juventud de Jesús.	80
Día XXI.—Amor de correspondencia de Jesucristo a San José.	84

	<u>Página</u>
Día XXII.—Muerte de San José.	88
Día XXIII.—San José, aguardando con los santos del Antiguo Testamento la Redención de Jesucristo.	92
Día XXIV.—Sentimientos de San José al ver en el seno de Abraham á Jesucristo triunfante y glorioso.	97
Día XXV.—Gloria de San José.	101
Día XXVI.—Por qué en los tiempos modernos se ha extendido tanto la devoción á San José.	106
Día XXVII.—San José abogado para obtener la paz y la concordia.	110
Día XXVIII.—De cómo San José juntó el trabajo á la oración.	114
Día XXIX.—Pureza de San José.	118
Día XXX.—El Patrocinio de San José.	123
Día XXXI.—Jesús, José y Maria, os doy el corazón y el alma mia.	127
Conclusión y advertencia.	132
Apéndice.	136
Dolores y Gozos del glorioso San José.	142
Indulgencias.	145
Escapulario de San José.	147

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B
T
DE NUEVO
BIBLIOTECA

00